

Dibujo de Gamonal.

L SECRETO

NOVELA DRAMÁTICA POR

E. CONTRERAS Y CAMARGO

as.

EL SECRETO

ENRIQUE CONTRERAS Y CAMARGO

EL SECRETO

NOVELA DRAMÁTICA
EN TRES JORNADAS

ESTRENADA CON GRAN ÉXITO EN LOS TEATROS «POLIORAMA», DE BARCELONA; «PRINCIPAL», DE VALENCIA; «PRINCIPAL», DE BURGOS, Y «PALACIO VALDÉS», DE AVILÉS, POR LA COMPAÑÍA DRAMÁTICA MATILDE MORENO-MIGUEL MUÑOZ, EN LA TEMPORADA DE 1921



MADRID

Imp. G. Hernández y Galo Sáez.—Mesón de Paños, 8.—MADRID

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
ARÍA (26 años)......................	Matilde Moreno.
LENA (30 años)......................	Camino Garrigó.
UREA (24 años)......................	Carmen Muñoz.
OÑA NICANORA (50 años)............	Sra. Solís.
EÑORITA 1.ª..........................	Srta. Olmo.
EÑORITA 2.ª..........................	Srta. Olmo.
EÑORITA 3.ª..........................	Sra. La Rosa.
EÑORITA 4.ª..........................	Srta. Zorí.
MILIO ARENALES (Ingeniero, 40 años).	Miguel Muñoz.
NDRÉS ROBLES (Abogado, 36 años)..	Alberto Contreras.
RNANDO VIVAR (28 años)...........	Ricardo Galache.
JIS FRESCALES (25 años)............	Fernando Venegas.
N CELEDONIO (58 años).......... ..	Emilio Mesejo.
NZÁLEZ (30 años)..................	Sr. Martínez.
FARO (23 años)......................	Sr. Jareño.
N LUCIO (65 años)..................	Sr. Gil.
POLLO (20 años).....................	Sr. Sepúlveda.
MARERO 1.º..........................	Sr. Bernaldez.
MARERO 2.º..........................	Sr. N. N.
CRIADO...............................	Sr. Bernaldez.

a acción del primer acto en Madrid. La de los otros dos en
ı Sebastián.

ACTO PRIMERO

Despacho de un abogado de fama. Muebles lujosos. Grandes armarios-librerías llenos de volúmenes. Sofá y butacones de piel, modernos Gran mesa de despacho con escribanía, papelera, timbre eléctrico, etc., y algunos libros y legajos. Sillería tallada, haciendo juego con la mesa; cuadros al óleo y algunos objetos de arte sobre ménsulas y pedestales, dando todo ello la sensación de confort y buen gusto. Elegante lámpara eléctrica, pendiente del techo, y otra portátil, también elegante, sobre la mesa de despacho.

Al foro hay una puerta grande que comunica con otra habitación. Un rico tapiz cubre a medias esta puerta. A la derecha, puerta de comunicación con las habitaciones interiores, y más en primer término de este testero, gran ventanal con cristales de colores artísticos y cortinaje plegado. A la izquierda, puerta en primer término y gran chimenea artística en el segundo.

on las cuatro de la tarde.

ESCENA PRIMERA

GONZÁLEZ Y ALFARO

Al levantarse el telón entra GONZALEZ por la puerta de la izquierda. Se aproxima a la mesa y oprime uno de los botones del timbre eléctrico. Entra ALFARO por la puerta del fondo.

ALFARO

(*Que tartamudea ligeramente.*)

¿Lla... llamaba usted?

GONZÁLEZ

¿Qué hay de nuevo?

ALFARO

(*Señalando hacia el fondo.*)

A... ahí tiene usted a don Ce... Celedonio, panza arriba durmiendo la siesta.

GONZÁLEZ

¡Diantre de posma! Vendrá a hablarnos por centésima vez de su pleito, y a referirnos su historia desde el día en que nació.

ALFARO

Aun... aunque le dije que al señor Robles...

GONZÁLEZ

Sí; no era posible verle hoy.

ALFARO

Y que usted tar... tar...

GONZÁLEZ

¿Yo? Es usted el que tar... tartamudea.

ALFARO

¡Tardaría! Se empeñó en esperar, y ahí está hace los horas, ron... roncando como un cachalote.

GONZÁLEZ

¡No hay manera de librarse de él!

ALFARO

Qui... qui... ¿quiere usted que le avise?

GONZÁLEZ

¡No, por Dios! Déjele usted que duerma y procu- no cacarear cerca de él.

ALFARO

No... ¿nosotros no esperamos al jefe?

GONZÁLEZ

Pueden marcharse. Hoy tiene para rato en la au- encia. Le toca informar en la causa del alfarero.

ALFARO

Y... y ¿cree usted que logrará la absolución?

GONZALEZ

En la prueba se demostró palpablemente que el acusado no puede ser el autor del crimen.

ALFARO

Entonces, so... so...

GONZÁLEZ

¡Pero hombre!...

ALFARO

¿Sobreseerán la causa?

GONZÁLEZ

Sí; y el verdadero asesino en la calle. ¡Le digo a usted que hay algunos jueces!...

ALFARO

Pa... pa...

GONZALEZ

¡No diré yo tanto!

ALFARO

¡Parece mentira! Sí... si al menos todos los abogados fueran como don Andrés...

GONZALEZ

(*Irónicamente.*)

¡Ah, entonces!...

ALFARO

¿Lo dice usted con segundas?

GONZÁLEZ

Lo que digo es que no toda la fama de muchos abogados se debe a su labor y a su talento. Se da el caso frecuente de que otros trabajan en la sombra para que ellos brillen y triunfen.

ALFARO

Sí... señor; mucho.

GONZALEZ

El señor Robles pasa por una de las personalidades eminentes de nuestro foro: gana el dinero como quiere, en tanto que yo me mato a trabajar en el nisterio por cuarenta y cinco miserables duros al nes, y sin que de toda su gloria y su fortuna me lcance un gramo, ¿eh? ¡La justicia!

ALFARO

Pu... ¿pues y yo?

GONZALEZ

¿Y usted? ¡Con esa facilidad de palabra que Dios ha dado!

ALFARO

No quiero decir eso... Cu... ¿cuándo llegaré yo a ganar esos cuarenta y cinco duros miserables?

GONZALEZ

No tenga usted prisa... ¡Es usted muy joven aún

ALFARO

Sí, sí; pero de apetito estoy como si hubiera llegado a la madurez.

ESCENA II

DICHOS y FRESCALES

Este es un tipo delgado y alto que viste a la última moda y emplea ademanes muy exagerados.

FRESCALES

(*Entrando.*)

¡Querido González! ¿Cómo va? ¿Y usted, amigo Alfaro?

GONZALEZ

Para servirle.

FRESCALES

Ya sé que el ilustre hombre no está en casa; pero

es lo mismo. Tengo la solución del asunto que vine a consultarle, y usted me dirá lo que le parece.

GONZALEZ

Siéntese usted.

ALFARO

Con... con el permiso de ustedes.

(*Sale.*)

FRESCALES

No; no es un secreto. Yo no hago nunca secreto le mis asuntos.

(*Tirándose de los puños, sacando la petaca y ofreciendo a González.*)

Se me ha ocurrido un medio ingenioso para obliar a mi señora mamá política a que me facilite sas pesetas que por la razón se niega a darme.

GONZALEZ

¿Un medio dice usted? ¿No será una ganzúa?

FRESCALES

Casi, casi. Ya sabe usted que mi esposa y yo esmos separados amistosamente.

GONZALEZ

Sí; como los perros y los gatos.

FRESCALES

En estas condiciones la ley me autoriza para obligarla a vivir conmigo y he pensado amenazar a mi suegra con llevarme a mi mujer...

GONZALEZ

¿Y ella, naturalmente, antes que eso, le dará a usted cuanto le pida?

FRESCALES

¡Exacto!

GONZALEZ

Ahora, que si le sale a usted la contraria, tendrá usted que cargar con las dos.

FRESCALES

No es fácil.

GONZALEZ

¿Está usted seguro de que a su señora no puede satisfacerle eso?

FRESCALES

¿Vivir conmigo?... ¡Antes se deja ahorcar!

GONZALEZ

Pues sí que se hace usted la apología.

FRESCALES

Me conozco sencillamente, y la verdad, me lo explico.

GONZALEZ

Entonces... ¡Duro!... Si cree usted que de ese modo convencerá a su suegra...

FRESCALES

Cuento de antemano con su estupidez.

ESCENA III

DICHOS y MARÍA

MARÍA

(*Entra por la puerta lateral derecha.*)

Con permiso. Un momento.

(*Saludando.*)

FRESCALES

¡Señorita!

GONZALEZ

(*Presentando.*)

La hermana política del señor Robles. Don Luis Frescales.

MARÍA

Muy señor mío.

FRESCALES

¡Ah! ¿Es usted la cuñadita del ilustre abogad ¡Tanto gusto! Por referencias ya tenía el honor conocerla.

MARÍA

¿Sí?

FRESCALES

Por mi entrañable camarada Fernando Vivar.

MARÍA

(*Contrariada.*)

¡Ah! ¿Es amigo de usted?

FRESCALES

Muy amigo. Hace mucho que no nos vemos; pero hemos tenido siempre una franca intimidad. Me hablaba de usted con frecuencia y con gran elogio y ahora comprendo su entusiasmo. Seguramente continuará el idilio, y se casarán ustedes pronto.

MARÍA

No, señor. El idilio, como usted dice, terminó hace tiempo. El mismo que hace, sin duda, que no se ven ustedes.

FRESCALES

¿Qué me dice usted? ¿Queriéndola como la quería?

MARÍA

Las afecciones no son eternas, ni aun las que parecen más hondas.

FRESCALES

Verdad... Pero no me perdono la indiscreción de haberle recordado... causándole quizá un disgusto... Porque es indudable que cuando se ama de veras...

MARÍA

Perdone usted.

(*A González.*)

Señor González, ¿podría usted decirme si regrerá pronto Andrés? Mi hermana está impaciente, pone que tendrá usted alguna noticia.

GONZALEZ

No le espero muy pronto porque hoy la sesión rá larga.

MARÍA

Voy a decírselo.

(*A Frescales.*)

Caballero, beso a usted la mano.

FRESCALES

Señorita. He tenido una verdadera satisfacción y n algo pudiera serle útil...

(*Vase María.*)

ESCENA IV

DICHOS, menos MARÍA

GONZALEZ

No ha sido usted muy oportuno.

FRESCALES

He metido la pata; pero no podía pensar que hubiesen terminado unos amores tan efusivos. Al contrario; lo que me sorprendía era que no hubiesen degenerado en boda hace ya tiempo.

GONZALEZ

Así debió ser, si ese señor no se hubiera conducido tan indignamente.

FRESCALES

Fernando es un tanto ligero, egoísta...

GONZALEZ

¿Un tanto dice usted?

FRESCALES

Apúntele usted los que les parezca. Es uno de esos hombres audaces, que por lograr lo que se proponen atropellan por todo sin pararse en obstáculos... Yo le admiro sinceramente.

GONZALEZ

¿Pero no le envidiará usted?

FRESCALES

¡Hombre, sí! En algunas cosas le envidio. ¿Por ıé negarlo?

GONZALEZ

Es modestia seguramente.

FRESCALES

Pues lo lamento. Esta muchacha era digna de ıejor suerte.

GONZALEZ

Entonces no hay que lamentarlo. ¿Qué mejor poda ocurrirle que librarse de ese mala cabeza?

FRESCALES

ıi consigue dar con otro mejor.

GONZALEZ

o era cosa difícil.

FRESCALES

ıh, sí?

GONZALEZ

hombre con quien se casará muy pronto reun todas las condiciones necesarias para hacerla

dichosa: bondad, talento, simpatía... Todo un caballero. Lo contrario que su amigo Vivar.

FRESCALES

¿Y quién es ese dechado de perfecciones?

GONZALEZ

Don Emilio Arenales, un prestigiosísimo ingeniero, un sabio.

FRESCALES

Le advierto a usted que la sabiduría suele ser incompatible con el amor.

GONZÁLEZ

¡Pues la ignorancia!...

FRESCALES

Yo no conozco ninguna mujer casada con un sabio que sea dichosa y que no busque la compensación en los que no sabemos nada.

GONZALEZ

Bueno, amigo mío; con el permiso de usted v[oy] a continuar mi tarea...

FRESCALES

Sí, sí; perdone. ¿De modo que mi solución [le] parece?...

GONZALEZ

¡Admirable, si su suegra es tan sandia como usted la supone!

FRESCALES

Más, mucho más. A don Andrés mis recuerdos más cariñosos.

(Dándole la mano y dirigiéndose hacia el foro en el momento en que aparecen Alfaro y don Celedonio. Sale.)

ESCENA V

GONZALEZ, ALFARO y DON CELEDONIO

ALFARO

Ya... ya le dije a usted...

DON CELEDONIO

Estoy aquí hace más de tres horas.

ALFARO

Y si se obstina usted en verle tendrá usted que guardar otras tres.

DON CELEDONIO

¡Ah, sí? Pues mandaré que me traigan la cama.

ALFARO

Puede usted seguir durmiendo en el diván.

DON CELEDONIO

¡Cómo durmiendo! ¿Llama usted dormir a la meditación?

GONZALEZ

¡Hola, don Celedonio! ¡Tanto gusto!

(*A Alfaro.*)

¿Cómo no le ha impedido usted que pase?

ALFARO

Por más que hice, fu... fu...

GONZALEZ

Ni con el bufido.

ALFARO

Fué imposible. Dió un ronquido feroz, despertóse y salió corriendo.

GONZALEZ

Pues yo no sufro la tabarra. En cuanto empecemos a hablar, entre usted diciendo que el señor Robles me llama por teléfono desde la Audiencia.

ALFARO

Está... está bien.

(*Vase.*)

GONZALEZ

(A don Celedonio.)

¿Y qué bueno le trae por aquí?

DON CELEDONIO

¡Ahí es nada! Que las cosas se enredan de un modo enorme... que este pleitecito me va a costar la vida... y que... ¡tenemos que hablar largo y tendido!

(Se tiende.)

GONZALEZ

¡Hombre!

DON CELEDONIO

Nada, nada, siéntese usted. Ya que me hicieron esperar tres horas, justo es que me escuche.

GONZALEZ

Es que ahora...

DON CELEDONIO

Siempre me dice usted lo mismo... Que está muy ocupado. Que no tiene usted tiempo... Todo es inútil; hoy me he propuesto contarle a usted toda la historia, y se la cuento, ¡vaya si se la cuento! ¡No faltaba más!...

GONZALEZ

O resignarme, o matarlo.

DON CELEDONIO

Yo nací, como usted sabe, el año 1859...

GONZALEZ

¡Ah! ¿Va usted a empezar desde el día de su nacimiento?

ALFARO

(Entrando presuroso.)

Señor... Gon... González.

GONZALEZ

¿Qué hay?

ALFARO

Por el teléfono llama de la Audiencia el señor Robles, pa... pa...

DON CELEDONIO

¡Papanatas!

ALFARO

Para que vaya usted en seguida.

DON CELEDONIO

Conteste usted que ahora no puede... que estoy yo aquí.

GONZALEZ

Usted perdonará... Venga usted otro día.

DON CELEDONIO

¿Pero cuándo?

GONZALEZ

Mañana, pasado, siempre estoy a su disposición, con mucho gusto... Conque...

(Tratando de despedirse.

ESCENA VI

DICHOS, MARÍA y ELENA

ELENA

¿Ha telefoneado mi marido?

ALFARO

No señora... Digo... Sí, señora...

(Aparte.)

No, señora, no.

(Habla con María. Mutis.)

ELENA

¿Pero salen ustedes?

GONZALEZ

Sí; voy a la Audiencia. Conque hasta otro día, on Celedonio.

DON CELEDONIO

Me voy con usted y por el camino le iré contando...

GONZALEZ

Le advierto a usted que voy corriendo.

DON CELEDONIO

No importa; yo correré también.

GONZALEZ

(Aparte.)

¡Me aplastó!

(A Elena y a María.)

Hasta mañana, doña Elena; adiós, María.

MARIA

¡Adiós!

DON CELEDONIO

A los pies de ustedes...

GONZALEZ

(Aparte.)

Nada, que no tendré más remedio que ir a la Audiencia, para librarme de este sinapismo.

(Vanse González y don Celedonio.)

ESCENA VII

ELENA y MARÍA

ELENA

Me extraña que Andrés no haya venido aún.

MARÍA

No tardará seguramente.

ELENA

Hubiera querido que estuviera aquí antes de que Emilio llegara. Viene con la intención de que fijemos el día de vuestra boda, y me rogó que advirtiera a Andrés de su deseo.

MARÍA

Es igual. Emilio no ha de oponerse a lo que decidáis.

ELENA

Siempre que sea cuanto antes. Él se muestra más impaciente que tú.

MARIA

No he de ocultarte que al ver tan próximo ese momento me acomete una vaga intranquilidad.

ELENA

¿Es que dudas de que sea tu cariño bastante sin cero, para no considerarte dichosa uniéndote co Emilio? Si te asalta ese temor, no debes casarte.

MARIA

No; no es eso, Elena. Sobre la sinceridad y la fi meza de mi cariño, no me asalta la mas ligera dud Quiero a Emilio con toda mi alma. Cada día, desd que le conozco, he ido sintiendo aumentar mi car ño y mi admiración por él.

ELENA

Entonces...

MARIA

Si no fuera así, nada me inquietaría. Siento el te mor de no saber hacerme digna de la grandeza d su alma, de que algún día me reproche no habe sido tan buena, tan leal, como él lo es conmigo.

ELENA

¿Y en qué te fundas?

MARIA

En que realmente no lo soy, a pesar de que anh lo serlo.

ELENA

¿Que tú no eres buena? ¿Que no eres leal co Emilio? ¿Por qué?

MARIA

Porque le oculto aquellos desdichados amores que tuve con Fernando Vivar. Hubiera querido hablarle de ellos; pero no he tenido valor. Muchas veces al preguntarme él sobre el pasado, al mostrarme su deseo de saber si yo había querido a algún otro, quemándome los labios la mentira, le negué a verdad. Sólo me he atrevido a insinuarle que uve uno de esos amoríos que no interesan el corazón, en otro tiempo. Pero no sé si porque al nentirle descubría la falsedad en la timidez de mi voz, o sencillamente porque su instinto le hacía omprender, cuantas veces hablamos de esto, he isto una sombra en sus ojos, y he temido, he temido...

ELENA

¿Y no será que ese temor tuyo te hace exagerar n poco las cosas? Después de todo, si le hablaste e otros amores, no le mentiste.

MARIA

Mentir es asegurar que fué aquello un amorío de ña. Si de lo que fué pudiera darse cuenta alguna ez Emilio...

ELENA

Me parece que exageras. ¿Cómo ha de saberlo? or muy grande que sea la villanía de aquel hombre, no es posible creer que llegue al extremo de

descubrirte. Burlar tu amor y alejarse de ti de modo que lo hizo, es infame; pero publicar el secreto, sería criminal.

MARIA

Criminal fué lo que hizo conmigo.

ELENA

Pero suponerle capaz de esa felonía me parec insensato.

MARIA

Tal vez. Tú tienes de la vida otra experiencia qu yo; pero un miedo instintivo me incita a una cor fesión, que, sin embargo, no me atrevo nunca formular.

ELENA

Emilio es tan bueno, que sabría disculparte. D esto no tengo duda.

MARIA

Pero aun disculpándome, ¿no se arrepentiría?. Y no es el egoismo el que me infunde este temo te lo juro. Más que el sacrificio de mi felicidad m abrumaría su desencanto y su dolor. Ante mi vid otra vez deshecha, sabría resignarme. Ante la suy destrozada por mí, quizá no tuviese fuerzas para re sistir la desesperación. Y sé que es destrozar s vida... Yo soy la única mujer a quien ha querid me lo ha jurado muchas veces. Me ha dicho con

acento de la verdad, que llega al alma, que en su existencia ruda de estudio y de trabajo, nunca fijó su pensamiento en una mujer. Fué al verme cuando despertó al amor, a mi amor, al amor único; a un amor tenaz y firme como su carácter sincero y grande como su corazón.

ELENA

¿Crees que un alma como la suya no ha de conceder el perdón a una culpa así, de la que más que responsable eres víctima?... No puede ser, no. Pero aunque lo fuera, es verdad; no tienes derecho a proceder deslealmente; sobre la tranquilidad de tu vida, ese temor y ese pesar no te dejarían ser dichosa... Pero aguarda, oigo la voz de Andrés...

(*Escuchando.*)

MARIA

¿Qué me aconsejas tú?...

ELENA

¡Lealtad, María!... ¡Lealtad!... Una confesión franca y sincera. Ese es tu deber.

ESCENA VIII

LAS MISMAS, ANDRÉS y GONZALEZ

ANDRÉS

(Entrando seguido de González

¿Qué, llego a tiempo?

(A María.)

¿No vino aún tu prometido?

MARIA

Llegará de un momento a otro.

ANDRÉS

Ha sido una sesión abrumadora. Jamás para una defensa tan sencilla he tenido que hacer tan grandes esfuerzos oratorios.

ELENA

Pero al fin, ¿ese pobre hombre?...

ANDRÉS

Ha sido absuelto.

ELENA

Menos mal.

MARIA

¡Después de muchos meses de prisión, siendo nocente!

GONZALEZ

Ha sido absuelto del crimen que no había cometido.

MARIA

¡Es horroroso!

ELENA

¿Y le habrán puesto en libertad inmediatamente?

ANDRÉS

En el acto.

ELENA

Podrá volver a su hogar, a reunirse con su mujer y con sus hijos?

MARIA

Infelices! ¡Qué alegría cuando vuelvan a verle, cndo de nuevo puedan estrecharle entre sus bzos!...

ELENA

¿Y cómo compensará la justicia a esos desdichados del mal que les ha hecho?

GONZALEZ

La justicia no está obligada a compensar a nadi por sus errores.

ANDRÉS

Esto es lo verdaderamente irritante, lo absurd lo tremendo. La justicia no solamente no repara e daño que causó al equivocarse, sino que a vece condena al inocente a un castigo más cruel que e que pudo corresponderle si hubiera cometido el cr men. Y esta vez se da este triste caso. La justici ha reconocido su error, y cumple devolviendo a inculpado la libertad; pero en su ceguera, no ad vierte que le ha deshecho su vida, que le ha con denado a una pena mucho mayor que el presidi que la muerte.

ELENA

¿No dices que ha salido absuelto?

ANDRES

Del crimen de que injustamente se le acusaba, s

MARIA

Entonces, ¿a qué condena te refieres?

ANDRÈS

Ese pobre alfarero, hombre de bien, según tod los antecedentes, vivía dichoso en su pobreza c su mujer y con sus hijos. Pero se le acusó de

crimen de que fué víctima un viejo, cuyo cadáver se descubrió cerca de su vivienda, cosido a puñaadas. Claro que alguna razón, algún indicio impularía al juez a sospechar del alfarero, y buscando pruebas, investigando antecedentes, vino a tropear con un detalle, que nada tenía que ver con el hecho delictivo, pero que él juzgó que podría servirle para abrumar al presunto delincuente, obligándole a la confesión. Y un día, al tomar declaraión a la mujer del acusado, a presencia de éste, escubrió algo que el marido desconocía: que aquea mujer, antes de casarse, había sido de otro homre. Ella quiso negarlo. Temblorosa ante la afirmaión que descubría el remoto secreto cuidadosaente guardado, intentó defenderse, pero el juez, naz, inflexible, adujo tales pruebas que la infeliz ujer acosada, rendida, inclinó la cabeza, enmudeó, y ante la ansiosa mirada del esposo que escuaba con rabiosa angustia, rompió a llorar.

ELENA

¡Qué enorme desventura!

ANDRÉS

Hoy en el juicio, también el fiscal poco piadoso, h tocado la herida abierta en el corazón de ese hmbre, y al terminar la vista, cuando se dictó el fao, y yo me acerqué a él para decirle: ¡Ea, ya está ued libre... ya no pesa sobre usted ni la más leve snbra de delito!... Él contestó con voz sollozan-

te: «¿Y ya que me importa la libertad, si esos qu sin razón me la quitaron han destruído mi vida?»

MARIA

¡Qué horror!

ELENA

¡Pero su pobre mujer, sus hijos inocentes!

ANDRÉS

De nada han servido las súplicas, el llanto dol roso con que abrazada a sus rodillas le pedía pe dón la infeliz; de nada aquel gesto de terror incon ciente que se pintaba en las caritas de las criat ras... «Me engañaste—la recriminaba—. ¡Me hicis traición como si hubiera sido un mal hombre!... ¡N ¡No tenias derecho!... ¡No te di yo motivo! ¡No perdono!» Y el hombre apartó bruscamente a pobre mujer y salió huyendo, abriéndose pas como un loco por entre los que intentábamos d tenerle.

(Elena y María que han escuch do con creciente ansiedad y hon emoción el relato, se miran a rradas.)

MARIA

¡Oh, qué espanto, Dios mío!

ESCENA IX

LOS MISMOS y UN CRIADO

CRIADO

El señor don Emilio Arenales.

ANDRES

Que pase aquí.

ELENA

(*A María.*)

No vaciles, María, no dudes un momento. Yo ıaré que podáis hablar a solas.

GONZALEZ

¿Me necesita usted para algo?

ANDRES

No; mañana continuaremos con este asunto del lfarero, a ver si hay modo de arreglarlo. No me onsideraré satisfecho hasta que logre reconciliar a sa pobre gente.

ELENA

¡Procúralo, Andrés!

MARIA

¡Por esa desdichada, por esas criaturitas sín culpa!

GONZALEZ

Pues entonces, con su permiso...

ANDRES

Hasta mañana.

(González, después de despedirse se dirige a la puerta lateral izquierda en el momento en que en ella aparece Emilio, a quien saluda cediéndole el paso. Sale.)

ESCENA X

LOS MISMOS y EMILIO

EMILIO

Muy buenas tardes.

(Saludando cariñosamente a Elena y María y después a Andrés.)

La indulgencia de ustedes sabrá perdonarme el retraso. Estos pícaros trámites oficinescos, que entorpecen las cosas más sencillas, me han hecho perder más horas de las que calculaba.

ANDRES

Y menos mal si no ha sido inútilmente.

EMILIO

No. He conseguido arreglarlo todo.

ANDRES

No hay como ser tenaz para vencer las dificul-
des.

EMILIO

Yo lo soy; a esa condición, mas que a ninguna
ra, creo deber cuanto en mi vida he conseguido.

MARIA

¿Y a la inteligencia nada?

EMILIO

Si es que hasta eso se consigue con tenacidad!
Cuando no se tiene un cerebro privilegiado hay que
apelar a la energía, al tesón. Yo no me consideré
nunca con talento bastante para vencer en la vida,
y confié a la voluntad el triunfo de mis afanes.

ELENA

Exagera usted la modestia.

MARIA

Y tanto!

EMILIO

¡Bah, no lo crea! Yo le aseguro que me conozc lo que digo es lo cierto. No he tenido nunca disp sición para mentir, menos para engañarme a r mismo. Me juzgo tan sinceramente como juzgo los otros.

ANDRES

Bueno que uno se juzgue sin pasión; pero ma que propale ese juicio, porque a los hombres se l considera más por lo que se hacen valer que por que efectivamente valen.

EMILIO

Yo no puedo transigir con la hipocresía, con l embuste, me repugnan. Creo que en la vida no h mas que un camino: el de la rectitud, y que sin v cilaciones debe seguirse.

ANDRES

Para los hombres sanos de espíritu y de coraz en efecto, no hay mas que uno; pero los más lleg por otros que usted desconoce.

EMILIO

Sin duda. Atajos tortuosos hay muchos: adu ción, desvergüenza, audacia. Por ellos muchos c siguen subir y medrar y triunfar; lo que no pued nunca es mirar serenamente a su conciencia.

ANDRES

Verdad.

EMILIO

La única desventaja que ofrece el marchar por el buen camino, es que suele conducir a la felicidad con algún retraso, puesto que suele llegarse al amor pasada ya la juventud, ¿verdad, María?

MARÍA

También exageras si te refieres a ti mismo.

EMILIO

¿No lo dices por adularme?

MARÍA

Con absoluta sinceridad.

ELENA

Pero ¿es que usted considera ya pasada la juventud a los cuarenta años?

MARÍA

¡Oh, no!

EMILIO

Me basta para juzgarme satisfecho con que no lo creas tú así; claro que este tardío despertar tiene una ventaja: la de que estando nuevecito el corazón, la persona a quien se entrega puede estar segura de que cuenta con él por entero.

MARIA

Y figúrate si habrá de considerarse dichosa l que alcanzó esa suerte.

(*Elena, que se ha levantado y ha bla en voz baja con su marido, di dirigiéndose a Emilio.*)

ELENA

Ustedes nos permitirán un momento...

ANDRES

Cuestión de unos instantes.

(*Emilio hace un ademán de asc timiento y Elena vase por la later derecha seguida de Andrés.*)

ESCENA XI

MARIA y EMILIO

MARÍA

¡Tu primer amor!... Imposible me parece que y pueda ser tu primer amor.

EMILIO

El primero y el único. No necesito jurártelo, po que sabes que soy incapaz de mentir.

MARÍA

Lo sé.

EMILIO

He vivido muy de prisa. Mi pobre madre enviudó nuy joven y quedó con tres hijos: dos niñas más equeñas y yo que no había cumplido aún quince ños. Tuve que tomar muy en serio el papel de jefe le familia y hasta hace poco que mi pobre madre nurió, y mis hermanas contrajeron matrimonio, e vivido para ellas. No fué virtud, sino imposición e las circunstancias. Pero al hallarme solo noté la lta de un cariño que endulzase la aridez de mi ida, y entonces tuve la suerte de encontrarte y en puse todo mi afecto. Un afecto que es ternura de adre y amor de hombre. ¡Un amor que no me pa- ece de ayer, que yo creo de siempre! ¡Me parece ie siempre te llevé en el corazón!

MARÍA

¡Con qué alegria te oigo expresarte así! Querién- te con toda la fe, con toda la vehemencia de que y capaz, aun me figuro que no te quiero todo lo ie mereces.

EMILIO

Me basta para ser feliz ver en tus ojos el alma tera toda mía, sin una sombra, sin otro pensa- ento que la empañe. Esto no puedo dudarlo.

MARIA

¡No dudarás nunca!

EMILIO

¡No! Algunas veces sospeché que callabas algo que me ocultabas algún secreto de tu vida..,

MARIA

¡Emilio!

EMILIO

Perdona. Es que me pareía imposible que hasta encontrarte yo, tu hermosa juventud no hubiera sido codiciada por otro y no hubiera llegado a interesarse por alguno. Ya no puedo dudar. ¡Creo conocerte! ¿Y cómo suponer en ti deslealtades ni engaños?

MARIA

La nobleza de tu alma quizá me juzga mejor de lo que soy.

EMILIO

¡No! No lo atribuyas a mi optimismo, son las propias condiciones de tu carácter las que me han afirmado en esa confianza.

MARIA

(Con desaliento.)

¡Emilio!... escúchame... yo quisiera decirte...

EMILIO

¿Es algo que no me hayas dicho todavía?

MARÍA

(*Cogiéndole las manos y con gran emoción.*)

Es... no acierto a expresarme, ¡soy tan feliz! y mo...

EMILIO

Pero ¿qué es esto, niña? ¿Vas a llorar, criatura?

(*Serio.*)

¡Vamos! ¿Qué quieres decirme?

MARÍA

No me mires con dureza; no me siento capaz de blar.

EMILIO

¡Has de hablarme? ¿Es algo que yo ignoro?

MARÍA

Pero no dudes de mí, Emilio, ¡eso no!

EMILIO

Si me haces dudar tú, hija mía!

MARIA

(*Pausa breve.*)

'ú sabes... yo tuve relaciones con un...

EMILIO

Un muchacho, sí; me has dicho que aquello fué hace tiempo... que no dejó huella en tu alma.

MARIA

(*Rápidamente con verdad.*)

¡Oh, te lo juro!

EMILIO

Que tú no conservas recuerdo de aquel hombre...

MARIA

¡Lo juro, lo juro!... Yo no he querido a otro que a ti; yo no he sabido lo que era el amor hasta que lo he visto en tus ojos tan nobles, tan honrados.

(*Cogiendo sus manos*

¡Yo te quiero con toda mi alma, Emilio!

EMILIO

Entonces, criatura...

(*Sonriendo.*

MARIA

Pero ¡por Dios! ¡Que nunca una sombra de aquello enturbie nuestra paz... Al pensar que un día puedas dudar de mí, prefiero... prefiero perderte...

(*Llorando*

EMILIO

No hables así. Tienes una sensibilidad de niña

quello fué una tontería de muchachos. ¿Puedo yo edirte celos?... ¡Vamos! ¿Soy yo un chiquillo?

MARÍA

¡Oh, pero!...

EMILIO

¡Pero nada, hija mía! Tú eres incapaz de traición, impureza. ¿No es verdad?

MARIA

¡Oh, sí, sí; créelo!

EMILIO

Pues no vuelvas a pensar en ello. Yo te prometo n volver a recordarlo.

MARIA

No lo recuerdes más!

EMILIO

s pueril, María. Sólo me hace falta saber que m quieres para considerarme dichoso, y lo sé, y n o dudaría aunque no me lo repitiesen tus labios: lo eo en tu mirada serena que refleja tu alma sencil y pura.

MARIA

(Casi sollozando.)

milio, Emilio!

EMILIO

?No es así, María?

MARÍA

¡Oh, sí; te quiero como no es posible querer má! y causarte un desencanto o un dolor sería un c-men. No, no.

EMILIO

¡Ah, qué chiquilla! ¡Qué adorable chiquilla!

ESCENA XII

LOS MISMOS, ELENA y ANDRÉS

ANDRES

(Dentro.)

Me parece todo muy bien.

(Entrando seguido de Ele .)

EMILIO

Volvamos a la realidad... No hemos hablado an de lo que habíamos convenido. Amigo Andrés, ¿dis-pone usted de unos instantes?

ANDRES

Estoy a su disposición.

EMILIO

Quería que nos pusiéramos de acuerdo...

(*Sigue hablando bajo con Andrés.*)

ELENA

(*Acercándose presurosa a su hermana y con acento de gran ansiedad.*)

Qué? ¿Se lo dijiste?

MARIA

(*Con gran abatimiento.*)

o, Elena; no he podido. ¡No puedo, no puedo!...

TELÓN

ACTO SEGUNDO

La escena representa un espléndido *hall* en un gran hotel situado en la Concha de San Sebastián. Al fondo, gran ventanal de artísticos cristales, por los que se ve una amplia terraza que limita una balaustrada de mármol. En esta terraza hay grandes sombrillas de playa, sillas y veladores de junco, y sobre ella cae un toldo rayado que permite ver una lejanía luminosa de mar.

A derecha e izquierda del ventanal, puertas que dan a la terraza, y en ambas laterales puerta grande en el centro y una más pequeña a cada lado. Muebles lujosos propios de un *hall*. Butacas, sillas con respaldos y asientos de cretona, mesitas de te, etc. En el centro del *hall*, templete redondo de plantas, entre las que se eleva una artística y bella estatua. Comienza el acto a las seis de la tarde.

ESCENA PRIMERA

AUREA, FRESCALES, DON CELEDONIO, DOÑA NICANOR SEÑORITAS 1.ª, 2.ª, 3.ª y 4.ª, UN POLLO, CAMA ROS 1.° y 2.°

(Al levantarse el telón, aparecen las figuras en esta for FRESCALES y AUREA sentados ante una mesa en primer mino. Las SEÑORITAS 1.ª y 2.ª con DOÑA NICANORA ocu una mesa de segundo término. El POLLO está en pie ju a Ellas. En otra mesa están tomando te o refrescos las ÑORITAS 3.ª y 4.ª y DON CELEDONIO. Las muchachas vi elegantes trajes. AUREA debe destacar por la noveda su *toilette* tanto como por lo desenvuelto de sus aptitu DON CELEDONIO lee un periódico: de vez en vez da ca zadas, ronca y se despierta por efecto de sus ronqui Vuelve a leer y vuelve a dormirse y a roncar. Los CAMA ROS 1.° y 2.°, de frac y calzón corto, entran y salen sirv do las distintas mesas.)

POLLO

Hoy no he tenido el gusto de ver a ustedes en playa.

SEÑORITA 1.ª

Pues fuimos como todos los días.

SEÑORITA 2.ª

Como ahora se dedica usted a la contemplación las sirenas, no se fija mas que en el mar.

SEÑORITA 1.ª

Ya le hemos visto con sus gemelos enfilados ha- las beldades que surgen de las olas.

POLLO

¡Qué mal pensadas son ustedes! Si para lo que vo los prismáticos es para contemplar el panora- ... ¿No oye usted, doña Nicanora, lo que me di- estas niñas?

DOÑA NICANORA

Y no dicen mas que la verdad. Le hemos visto a ed esta mañana comiéndose materialmente con ojos de los gemelos a una mujer que llevaba de esos trajes de baño escandalosos que se ci- al cuerpo y descubren las formas en vez de ltarlas.

POLLO

De verdad?

SEÑORITA 1.ª

nosotras somos partidarias de que por lo me- se guarden.

POLLO

(*Aparte.*)

Quién lo diría!

SEÑORITA 2.ª

La tal bañista no las guardaba, ni usted tampoco

POLLO

(*Riendo.*)

¡Qué maliciosas son ustedes!

(*Siguen hablando bajo.*)

SEÑORITA 3.ª

(*A la señorita 4.ª*)

¡Mira qué interesante le resulta a papá la lectura de ese periódico!

SEÑORITA 4.ª

Siempre le ocurre lo mismo; empezar a leer y empezar a dar cabezadas...

SEÑORITA 3.ª

Y si se le despierta dice que es que está conforme con lo que lee.

SEÑORITA 4.ª

(*Zarandeando a su padre que ronca estrepitosamente.*)

¡Papá, que te duermes!

SEÑORITA 3.ª

Y se ríen de ti.

DON CELEDONIO

No; si es que lo que dice este periódico tiene razón. Opino como él. No hay gobierno; no hay principios; no hay hombres. ¡Esto se va!

SEÑORITA 3.ª

¿Y por qué no nos vamos nosotros?

DON CELEDONIO

Espero a don Lucio, que me aseguró que vendría.

SEÑORITA 3.ª

Si se lo permite la tos.

SEÑORITA 4.ª

Y su señora que no le deja solo un momento, mo si temiera que se lo robasen.

SEÑORITA 3.ª

En cambio a él le ocurre todo lo contrario; cualiera diría que lo que quiere es endosársela al imero que llegue.

DON CELEDONIO

¡No hay hombres!...

SEÑORITA 4.ª

Lo cursilita que es la infeliz! ¿Te fijaste en el stido que llevaba en las carreras?

SEÑORITA 3.ª

Parecía completamente el arco iris.

SEÑORITA 4.ª

(*Fijándose en que don Celedonio, que ha vuelto a dormirse y continúa dando cabezadas deja, caer el periódico.*)

¡Pero, papá! ¿Sigues opinando como el periódico?

DON CELEDONIO

No, hija, no; es que este papelucho se cae de las manos.

(*El Pollo, Nicanora y sus niñas salen.*)

ESCENA II

LOS MISMOS y DON LUCIO

Don Lucio es un viejo delgado y pulcro; entra tosiendo fuerte.

DON CELEDONIO

Ya está aquí don Lucio.

SEÑORITA 3.ª

¿Sin su dulce mitad?... ¡Cosa más rara!...

DON CELEDONIO

(*Levantándose y saliendo al encuentro de don Lucio.*)

¡Amigo Relanzón! ¿Cómo van esas fuerzas?

DON LUCIO

Perfectamente.

(*Tosiendo.*)

Esta pícara tos es lo único que me molesta.

SEÑORITA 4.ª

Y a nosotras también.

DON LUCIO

No me deja dormir en toda la la noche.

SEÑORITA 3.ª

Ni a nosotras tampoco.

DON LUCIO

(*Saludando.*)

¿Y estas niñas? Tan guapas y tan elegantes.

SEÑORITA 3.ª

Es usted amabilísimo.

SEÑORITA 4.ª

¿Y su señora, la dejó usted sola?

DON LUCIO

Queda con su «Amante».

SEÑORITA 3.ª

¿Con quién?

DON LUCIO

Con su «Amante» Bueno y con su jaqueca. Cuando está con la jaqueca no la aguanta más que ése. Lo he dejado en su regazo y he huído. Ella le cuenta sus cuitas; le habla mal de mí...

(*Riendo.*)

¡Y es dichosa!...

SEÑORITA 3.ª

¡Jesús!

DON CELEDONIO

Este tiene una bufanda de abrigo.

DON LUCIO

¿Ustedes no conocen a «Amante», el galguito de mi mujer?

DON CELEDONIO

¡Vamos hombre, le doy así!

(*Amagándole con el diario.*)

DON LUCIO

Ella le llama «Amante». Yo, «Crisis». Sí; porque

cuando a mi mujer le da el ataque de nervios —siempre por celos, ¿eh?—ella chilla, y el perro le lleva el contrapunto. ¡Muy divertido, sí! Una película, amigo mío. Bueno; pues no sé en qué consiste: pero siempre hace crisis la pataleta cuando el animal se lanza a mis pantorrillas.

(*Las señoritas 3.ª y 4.ª ríen.*)

DON CELEDONIO

A propósito de crisis, ¿sabe usted que esto se va?

DON LUCIO

¿Quién?

DON CELEDONIO

El gobierno, hombre. ¡Era hora! ¡A ver si viene un ministro que solucione mi pleito!

DON LUCIO

Un mal pleito, ¿eh?

DON CELEDONIO

¡Hombre, siéntese usted. Verá usted lo que es la justicia en España. Se lo explicaré con todo detalle. Yo nací el año 1859...

DON LUCIO

¡Caracoles!

SEÑORITA 3.ª

(*Levantándose y dirigiéndose a don Celedonio.*)

¡Pero, papá! Llegaremos al Casino cuando haya terminado el concierto.

DON LUCIO

Tienen razón las niñas. Otro día me contará... Porque esa historia debe ser larga.

DON CELEDONIO

Vamos al Casino; mientras las niñas oyen la orquesta...

(*Agarrándole por el brazo.*)

DON LUCIO

(*Aparte.*)

Me darás tú la murga.

DON CELEDONIO

Sí; verá usted. ¡No hay modo de aguantar!...

DON LUCIO

(*Saliendo a remolque.*)

¡No hay modo! ¡Y yo quería librarme de la jaqueca!...

(*Don Lucio, don Celedonio y las señoritas 3.ª y 4.ª salen por una de las puertas centrales.*)

ESCENA III

LOS MISMOS, menos DON CELEDONIO, DON LUCIO y LAS SEÑORITAS 3.ª y 4.ª, después FERNANDO

AUREA

(*A Frescales.*)

No puede ser, Luis, lo siento mucho; pero me :oges en mal momento. Anoche perdí en el Casino 'einte luises.

FRESCALES

Y hoy vas a perder este otro que vale mucho ıás, si no me complaces.

AUREA

Si te pierdo a ti, gano.

FRESCALES

¡Qué ingeniosidad! ¿De modo que ni siquiera nco?

AUREA

Ni uno, alma mía. Dale otro golpecito a tu suegra, e es más seguro. Los de la ruleta te fallan siempe.

FRESCALES

No tendré más remedio, pero pesará sobre tu conciencia.

AUREA

Lo prefiero a que se aligere mi bolsillo. Y a propósito, esta mañana la vi con tu costilla: no me atrevo a llamarle cara mitad, porque en este caso, eres tú el carísimo.

FRESCALES

¡Vaya, estás completamente intransitable!

AUREA

¿Y sabes quién las acompañaba? Vuestro común amigo Fernando.

FRESCALES

Ya me va pareciendo sospechosa la asiduídad de ése con mi mujer.

AUREA

Lo que va pareciéndote es explotable; habla con propiedad.

FRESCALES

Bueno.

AUREA

Piénsalo, piénsalo, que acaso sea un buen negocio

(Levantándose y reparando en Fernando Vivar que entra en este momento.)

¡Mira; más a punto!... Anda, coge los trastos, que voy a ponértelo en suerte

(Acercándose a Fernando)

¡Hola, Fernando! Ahí tiene usted a su amigo Luis que quiere hablarle de un asunto de interés.

FERNANDO

¿A cuánto por ciento?

AUREA

El se lo dirá.

(A Fernando.)

Salud.

(A Frescales.)

Y suerte.

(Vase.)

FERNANDO

Pues tú dirás.

FRESCALES

Estoy en un apuro enorme, Fernandito.

FERNANDO

¡Si vives en apuro perpetuo!

FRESCALES

¡Mucho mayor que el de anteayer; pero no te asustes, se trata de poco. Trescientas pesetas; una insignificancia.

FERNANDO

¡Hombre!

FRESCALES

¿Vas a decirme que esa pequeñez para ti, qu nadas en la opulencia?...

FERNANDO

Nado entre dos aguas, chico.

FRESCALES

Buen pez. Estoy perfectamente informado. S por cuánto vendiste tu libertad, a quién y cómo.

FERNANDO

No divaguemos.

(*Sacando la cartera y de ella un cuantos billetes y entregándoselos Frescales.*)

Toma y calla, y largo.

FRESCALES

¡Hombre, no sin felicitarte ya que no lo pude h

er oportunamente, y no sin recompensar tu generosa acción con una noticia que ha de serte muy agradable.

FERNANDO

Venga.

FRESCALES

Aquí, en este mismo hotel, está hospedada María del Pino, con su flamante esposo, don Emilio Arenales, su hermana y su cuñado el señor Robles.

FERNANDO

Noticia fresca!

FRESCALES

Lo sabías?

FERNANDO

Naturalmente! Al día siguiente de llegar me encontré con ella en la playa.

FRESCALES

Y averiguaste dónde vivía, y te has instalado en el mismo hotel?

FERNANDO

Lógico.

FRESCALES

Con propósito de abordarla.

FERNANDO

Eres un lince; te confieso que me seduce, que me atrae, creo que es la única mujer a quien he querido.

FRESCALES

¿Y por qué la dejaste?

FERNANDO

¡Cosas de la vida! Reflexioné y sentí miedo.

FRESCALES

Sí; cuando uno reflexiona, no se casa.

FERNANDO

El matrimonio sin fortuna me hizo temblar.

FRESCALES

¿No tenía dinero?

FERNANDO

Una pequeñez. Para mis ambiciones muy poco, y como yo no contaba más que con aquel miserable destinillo de Hacienda.

FRESCALES

¿Te decidiste por la fuga?

FERNANDO

Pero al volver a verla ahora, renace la pasión que sentí por ella... ¡Está hermosa!...

FRESCALES

¡Y casada, que es un doble atractivo!

PERNANDO

¡Tal vez!

FRESCALES

Pues te recomiendo prudencia. El marido me parece uno de esos hombres egoístas que quieren a su mujer para ellos solos.

FERNANDO

Sí; tiene un tipo plebeyo y antipático... Pero eso no me preocupa.

FRESCALES

¡Lance más o menos, para quien tantos ha tenido!...

FERNANDO

Con ese hombre me batiría de buena gana.

FRESCALES

¿Sigues con la manía de solucionar todos los asuntos en el campo del honor?

FERNANDO

Donde soluciona un hombre las cuestiones de dignidad.

FRESCALES

Perdona. Había olvidado con quién hablaba. Yc con advertirte he cumplido.

FERNANDO

Gracias.

FRESCALES

¡Ah!, y si ves a mi suegra no vayas a decirle qu me has dado estas pesetillas. Quizá tenga que re currir una vez más a su magnánimo bolsillo.

(Se dan la mano y Fernando s dirige hacia una de las puertas cen trales, por la que se va. Al mism tiempo entra González por la mism puerta.)

ESCENA IV

FRESCALES y GONZÁLEZ

FRESCALES

(Reparando en Gonzále

¡Adiós, querido amigo! Ya sabía que estaba ust aquí.

GONZÁLEZ

Llegué anoche.

FRESCALES

¿De veraneo? ¿A descansar unos cuantos días?

GONZALEZ

No señor; no puedo permitirme esos lujos. Me necesita don Andrés para el apuntamiento de algunas causas que han de verse en los primeros días de octubre, y me ha llamado. ¡Hasta que logre enmanciparme!

FRESCALES

¡Ya!... Pues aquí encontrará usted a muchos conocidos, entre ellos Fernando Vivar, el exprometido de María.

GONZALEZ

Sí; he tenido el disgusto de verle.

FRESCALES

Ya sabrá usted que se casó.

GONZALEZ

No sabía nada.

FRESCALES

Una boda increíble.

(*Confidencialmente.*)

Con una señora que ni es joven, ni es bella, ni...

GONZÁLEZ

Ni, ¿señora?

FRESCALES

¡Calle usted!... Harta de rodar. Si la conocerá usted seguramente. La de Fonseca, el director del Banco de Crédito; un viejo carcamal que se había chalado por ella y la tenía a pedir de boca. Piso en Recoletos, automóvil, alhajas y cincuenta mil duros en acciones del Banco.

GONZÁLEZ

¡Es una verdadera desgracia haber nacido hombre!

FRESCALES

Pues todo eso lo ha echado por la borda la muy necia, para casarse con este tarambana de Vivar. ¿qué le parece?

GONZÁLEZ

¡Hombre!... ¡Si se había enamorado de él!...

FRESCALES

¡Pero si venían entendiéndose desde hace un año, sin que el viejo cometiera la indiscreción de enterarse!

GONZÁLEZ

Entonces no me lo explico.

FRESCALES

Muy sencillo. Vivar ha ido a la pesca y al amarillen de los cincuenta mil del ala. Se ha vendido sencillamente, y por bien poco precio.

GONZÁLEZ

¡No creí yo que valiera tanto!

FRESCALES

Excuso decir a usted la vida de príncipe que se da a costa de esa infeliz, a la que ni siquiera hace caso desde que se apoderó de su fortuna. ¡Los hay desaprensivos!

GONZÁLEZ

¡Haylos, sí señor!

FRESCALES

¡Ea!

(*Despidiéndose.*)

Voy a ver si esta tarde tengo más suerte. Hasta luego.

(*Vase.*)

ESCENA V

GONZÁLEZ, MARIA, EMILIO y un CAMARERO

María y Emilio entra por una de las puertas laterales peque ñas. Emilio lleva en la mano una carta.

EMILIO

Estos señores de la Compañía anónima de Pasa jes no me van a dejar vivir. Me ruegan que vay para tratar del asunto del transbordador. Es decir que nos privan de ir al concierto.

MARÍA

No te preocupe, ya iremos otro día.

GONZÁLEZ

(*Levantándose para saludarlos*

Felices, don Emilio.

(*A María.*)

A los pies de usted.

EMILIO

¡Hola, amigo González! ¿Espera usted al seño Robles?

GONZÁLEZ

Sí; me han dicho que salió con su señora.

MARÍA

Elena me dijo que tardarían poco.

EMILIO

¿Quiere usted acompañarnos a tomar café?

GONZÁLEZ

Mil gracias; voy a subir a mi habitación para poner en orden los papeles.

(*Tocando un timbre.*)

EMILIO

Pues hasta luego.

(*Emilio y María toman asiento ante una mesa. Entra un camarero.*)

GONZÁLEZ

(*Al camarero.*)

Si viene el señor Robles, que me avisen.

(*Vase.*)

CAMARERO

Está bien.

(*Acercándose a la mesa en que están María y Emilio.*)

¿Los señores desean algo?

EMILIO

Café.

(*Váse el camarero.*)

Si Elena y Andrés se decidieran a ir al Casino podrías ir con ellos.

MARÍA

Prefiero esperarte.

EMILIO

De todos modos aguardaré a que vuelvan. Me contraría dejarte sola.

MARIA

A mí también. Un momento que estemos separados me parece un siglo.

EMILIO

Me había hecho a la idea de que durante esta breve temporada podría consagrarme por completo a ti, y mira por dónde vienen a interrumpirme en tan agradable tarea.

(*Entra el camarero con el servicio que deja sobre la mesa y se retira.*)

MARIA

Lo peor será que esos señores se decidan a emprender inmediatamente la obra.

EMILIO

No; ya les dije que el estudio no podría hacerlo

hasta que me encuentre en Madrid. Ahora sólo se trata de un avance de presupuestos.

MARÍA

Entonces... Dime la verdad, ¿qué es lo que te tiene estos días de mal humor?

EMILIO

¿Estos días?

MARIA

Sí. ¿Crees que no lo he notado? Tú no dominas el arte del fingimiento, y para mí no puede pasar inadvertido el más ligero cambio que experimentes.

EMILIO

¿Y qué cambio notas en mí?

MARIA

Que algo te molesta y te intranquiliza; no estás tan expansivo, tan alegre como te he visto desde que nos casamos. Y no puedo engañarme. ¿Cómo no he de observar tu preocupación?

EMILIO

Sí; me es imposible disimular. Hubiera querido que no te dieses cuenta y he procurado ocultarte mi disgusto; pero eres más sagaz que yo.

MARIA

Esa sagacidad me la proporciona el cariño, el anhelo de verte feliz.

EMILIO

No hubiera querido hablar de esto. No tengo razón para turbar tu reposo con mis suspicacias.

MARIA

Pero yo tengo el deber de descubrir tus inquietudes y la obligación de destruírlas. Quizá sea egoísmo; no puedo ser dichosa si no te veo tan dichoso como yo... Dime, ¿qué te sucede?

EMILIO

¡Si no lo sé! ¡Si no puedo decírtelo! Yo mismo no acierto a explicarme claramente la causa.

MARIA

Pero esa causa, ¿soy yo?

EMILIO

Sin duda. ¿Qué otro motivo de intranquilidad puedo tener que no se refiera a ti? Y no es que tenga nada que reprocharte, no; me apresuro a afirmarlo para que la sombra de la duda no pueda interponerse entre nosotros.

MARÍA

¿Pero temes que pueda aparecer?

EMILIO

¿Temerlo?... sí.

MARÍA

¿Y en qué fundas ese temor?

EMILIO

En algo tan impreciso, tan vago... En lo que tú ndas la creencia de que no soy tan feliz como ıtes.

MARIA

No acierto a comprenderte.

EMILIO

Es que me ha parecido advertir que la serenidad :hosa de tu alma, el encanto de tu felicidad, ha frido una interrupción brusca. Algo así como un oque que ha roto el hilo sutil que une nuestro nsamiento.

MARIA

(*Intranquila.*)

¿Y qué has observado?

EMILIO

Que algún temor te sobresalta. Que alguna inietud te quita el sosiego, que no eres dichosa, solutamente dichosa.

MARIA

Lo soy como no puedo serlo más, estando segura tu amor. No vivo mas que para ti.

EMILIO

¿Luego no es fundado ese temor mío?

(Cogiéndola las manos y mirándola fijamente.)

¡Mírame fijamente... que tus ojos traigan el sosiego a mi alma!

(Al ver que ella temblorosa baja la vista.)

¡Ah!... ¿Lo ves?... Tus manos tiemblan...

MARÍA

¡No, no!

EMILIO

¡Dime la verdad!

MARIA

Pero ¿es que dudas de mí?

EMILIO

No quiero dudar. Tú lo eres todo para mí; eres mi fe, mi voluntad, el calor que anima mi cerebro; eres mi alma... Si esa fe absoluta que puse en tu cariño desmayase... No, no quiero pensarlo.... No quiero que esta idea se apodere de mí... Pero se obstina en meterse, en clavárseme en el cerebro. ¡Arráncame esta idea que trastorna mi ser, que enloquece mi juicio!...

(Transición.)

¿Ves qué inhumano soy?... ¡Si no quería que h

blásemos de esto para que la duda maldita no encontrara resquicio por donde meterse en mi alma!

MARIA

¡Emilio de mi vida!

EMILIO

¿Qué? ¿No es verdad?... ¡Soy un insensato!... Te martirizo!... ¡Dímelo!... ¡Júrame que no me engañas, que nunca me mentiste!... Que cuando yo te he visto palidecer al encontrarse tus ojos con otros ojos que se clavaban en los tuyos, me trastornaba la razón el miedo de perderte, un miedo pueril, sin fundamento. Dime que me engañé, que ni tú palideciste ante aquella mirada insolete, ni yo pude verte bajar los ojos.

MARIA

Me trastorna tu exaltación... No sé qué decirte; no sé cómo destruir esas cavilaciones tuyas. No recuerdo el detalle de esas miradas a que aludes... No sé... Lo único que acierto a decirte es que te quiero como jamás he querido y que por ahorrarte un sufrimiento, por evitarte una pena, no vacilaría en dar mi vida.

(*Suplicante y acongojada.*)

¡Te pido por Dios que me creas; que tengas fe en la sinceridad de mis palabras, en mi amor!

EMILIO

¡Qué necesidad tengo de creerte!...

MARIA

¡Emilio, no dudes de mí!...

ESCENA VI

LOS MISMOS, ELENA y ANDRÉS

ANDRÉS

(*Entrando con Elena por una d las puertas centrales. Los dos e traje de calle.*)

Os creíamos en el concierto.

EMILIO

No; tengo que ir a Pasajes, y os esperaba par que María no se quedase sola.

ANDRÉS

Estos recién casados se figuran que en cuant vuelvan la cabeza van a robarles a su mujer. N tengas cuidado, que no son tan codiciadas las joya con uñas.

EMILIO

Pues ya que estáis aquí...

MARIA

Vete tranquilo.

EMILIO

¿No pensáis ir vosotros al concierto?

ELENA

Es ya muy tarde.

MARIA

Y yo no tengo gana alguna.

ANDRÉS

Entonces voy a despachar con González unos suntillos. Cosa breve.

EMILIO

Os dejo. Esos buenos señores estarán impacientes.

ANDRÉS

Vete con Dios. Nosotros cuidaremos de tu mujer.

(*Vase Emilio.*)

ESCENA VII

DICHOS, menos EMILIO. UN CRIADO

ANDRÉS

(*Después de tocar un timbre y a aparecer el criado.*)

¿Vino el señor González?

CRIADO

Si, señor; en sus habitaciones está. ¿Le aviso

ANDRÉS

No; deje usted. Voy a subir yo.

(*Vase el criado.*)

Hasta ahora.

ELENA

Te aguardamos aquí si no tardas mucho.

(*Vase Andrés.*)

ESCENA VIII

ELENA y MARIA

MARÍA

¡Qué deseos tenía de que nos dejaran solas, y de poder hablar contigo!

ELENA

¿Qué te sucede?... Estás pálida. Te brillan los ojos. Lo noté al entrar. Dime, ¿qué ocurre?

MARIA

(*Muy alterada mirando en torno suyo.*)

¡Lo que temía! ¡Lo que esperaba como la mayor desventura que podía caer sobre mí, desde que ese hombre volvio a cruzarse en mi camino!

ELENA

¿Te refieres a Fernando Vivar?

MARIA

¡Naturalmente! Cuando hace pocos días me lo encontré en la playa, se me heló la sangre en las venas. Vi en sus ojos toda la perversión que mi ino-

cencia no habia sabido descubrir antes; leí su pensamiento en aquella mirada cínica y temblé.

ELENA

¡Fatal encuentro!

MARIA

Instintivamente debí estrechar estremecida el brazo de Emilio, y él lo advirtió, adivinando la causa.

ELENA

¿Te lo ha dicho?

MARÍA

Sí.

ELENA

¿Y tú?

MARIA

¡He tratado de disuadirle, pero tan torpemente que no puedo hacerme la ilusión de haberle convencido!

ELENA

¿Estás segura?

MARIA

Pero aunque así fuera, aunque su fe en mí hubiese logrado más que mis balbucientes palabras, la

persecución odiosa de ese hombre no tardará en convertir en certidumbre sus sospechas. Ya lo ves... A todas horas, en todas partes lo encontramos, y la insolente expresión de su semblante me turba como una acusación. Emilío habrá de fijarse.

ELENA

Pero tu indiferencia, tu desdén...

MARÍA

Podría mostrarlos si el miedo no me quitara la tranquilidad. Pero tú sabes que tengo motivos para temerle. Se ha instalado en este mismo hotel. En el comedor se sienta frente a nuestra mesa; ha intentado hacer llegar a mis manos dos cartas.

ELENA

¡Qué cinismo!

MARÍA

¿Te explicas mi angustia? Ahora comprendo que no acerté a juzgar a ese hombre ni aun después de la infamia que cometió conmigo. Lo creí un egoísta sin conciencia, un loco; pero no, es un canalla.

ELENA

¡Un canalla, sí!

MARÍA

¿Y qué hacer para evitar la desdicha que me amenaza?... ¿Qué me aconsejas tú?

ELENA

No veo mas que un medio. Alejarte de él.

MARIA

Eso quisiera, marcharnos en seguida; pero ¿qué pretexto lógico podría darle a Emilio?... Después de nuestra conversación, este deseo le confirmaría en sus temores.

ELENA

Sí; es verdad.

MARIA

¿Qué hago, Elena, qué hago?... Es mi felicidad, mi vida lo que pone en peligro ese hombre... ¡Figúrate si Emilio descubre mi secreto! ¡Ah, qué cobarde fuí!... Tendría derecho a rechazarme, por desleal, por falsa!... ¡No comprenderá que lo hice por evitarle un sufrimiento, y me reprochará haberle engañado, haber destruído su felicidad, haber destrozado su existencia!... Y con esto no me resigno

ELENA

¡Cálmate, María!... No te dejes llevar por la exaltación... Yo no puedo creer tan infame a ese hombre. Sería criminal que te descubriera... No; el miedo a la desdicha te hace juzgar la situación más grave de lo que es en realidad, y te hace creer a Fernando capaz de la mayor vileza.

MARIA

¡Lo es!.., ¡Lo es!... Lo he leído en sus ojos... ¡No engo salvación!

ELENA

Espera... escucha... para los momentos difíciles on las resoluciones heroicas. ¡Háblale!

MARIA

¿Hablarle yo?...

ELENA

Hazle ver la desdicha que puede ocasionar su gereza... Si queda en su alma un vestigio de ge- erosidad ha de sentirse avergonzado de su propó- to, y se arrepentirá de él.

MARIA

¡No puedo confiar en sus sentimientos!

ELENA

Es imposible, imposible, que la perversidad de un ombre llegue al extremo de no sentirse conmovi- ɔ cuando se invoca su nobleza. ¿A qué otro re- ırso apelar si no?

(Se ve cruzar por la terraza a Fernando.)

ESCENA IX

DICHAS y FERNANDO

ELENA

(*Viendo a Fernando.*)

¡Mírale! ¡Sin duda es Dios quien lo ha dispuesto!... ¡No vaciles!... Te dejo... arriba estoy. Llámame si lo crees preciso.

(*Vase por la misma puerta por la que se fué Andrés; en el mismo momento aparece Fernando en una de de las puertas centrales.*)

ESCENA X

MARÍA y FERNANDO

MARIA

¡Dios mío, dame fuerzas! ¡Dame valor!

FERNANDO

María... ¿Huyes de mí?... Escúchame...

(*Al observar que ella hace un movimiento como para dirigirse a la puerta.*)

Ansiaba hablar contigo desde que me sorprendió felicidad de volver a verte, y he acechado día y)che el momento.

MARIA

¿Qué tiene usted que decirme que no sea para spertar mi odio?

FERNANDO

Necesito sincerarme de mi conducta; destruir el plorable juicio en que me tienes; explicarte cómo fè la fatalidad, a que sucumbe siempre mi vida, la e nos separó de aquel modo brusco e inesperado.

MARIA

Calle usted; no recuerde su extravío. Su...

FERNANDO

María!... ¡Perdón, María!

MARIA

Ahora perdón! Y quiere usted que perdone su raje proponiéndome otro.

FERNANDO

Un ultraje amarte! María, por el recuerdo del mpo más feliz de mi vida, escúchame.

MARIA

Basta. No debo. Amo a mi marido. Entiéndalo. S conserva usted un resto de dignidad, si quiere

que en algún modo excuse su... locura, déjeme us ted... no destruya mi vida, no me haga víctima do: veces.

FERNANDO

(*Con un tono de reproche senti mental.*)

¡No me has querido nunca! ¡Yo fuí un loco, cier to... aquella noche me vi junto a ti... había estad de broma toda la tarde, había bebido. No me en contraba en mi cabal razón... el perfume de tu car ne me embriagaba. Tu boca cerca de la mía... fu un vértigo que nubló mi juicio!...

MARIA

(*Retrocediendo.*)

¡Basta, basta!

FERNANDO

No voy a sincerarme. ¡Pero mi extravío fué d amor, María!... ¡Yo enloquecí! No sé lo que hice.. ¡Perdóname! Entonces huí porque no supe preser tarme delante de tus ojos... ¿Me perdonas, Marí

MARIA

(*Con desaliento.*)

¿Y a qué hablar de lo irremediable, de lo qu pasó, de lo que no me es lícito recordar?... P(suerte curé de aquella herida, me rehice y pued considerarme dichosa.

FERNANDO

Pero el odio que te inspiré, la indignación que entiste, no se han extinguido.

MARIA

Supe resignarme y perdonar el mal que me hicis-. Sólo espero de ti que me dejes en la santa paz ue Dios me ha concedido.

FERNANDO

¿Y quién piensa en alterar esa paz?

MARIA

Tú eres el único que puede destruirla.

FERNANDO

No me lo propongo. Pero si con el amor de un ombre te conceptúas feliz, ¿vas a considerarte esdichada porque otro te ame?

MARIA

Si de aquel amor conservas un recuerdo, déjame ı paz, no me atormentes con tu presencia amenaadora. En nombre de aquel amor, a que tú renunaste, que tú manchaste, te pido piedad.

FERNANDO

Pero no me pidas olvido. Fueron demasiado fe-ces aquellos días para que al revivir en mi pen-

samiento, al conmovar hoy mi corazón, pueda re signarme...

MARIA

¿Qué quieres decir?

FERNANDO

Que necesito vivir de nuevo aquel tiempo, vol ver a paladear aquella ventura.

MARIA

¡Calla!

FERNANDO

Quiero que me oigas, María, que nos veamos sin testigos... una vez al menos. ¡Sólo una vez!

MARIA

¡Oh! ¡Calla, calla!...

FERNANDO

Luego si tú lo quieres... Te juro que no volveré a atentar a tu tranquilidad. No te alarmaré más con mi presencia.

(*Queriendo tomar sus manos, e seductor.)*

¡Sólo unos instantes, que dejen en todo mi ser e sabor delicioso inolvidable de aquellos días!...

MARIA

(Con fuego, con protesta de mujer digna.)

¡Cínico, hipócrita! ¿Y eres capaz de proponerme ıl vileza?...

FERNANDO

No emplees frases tan duras.

(Llega Emilio.)

Es una transacción.

MARIA

¡Mi felicidad, mi vida, todo lo sacrificaré antes de ıicionarle! Si eres capaz de cometer la infamia de scubrirme, yo apelaré al único medio de rehabilación que me deja tu crueldad. Mi muerte habrá probarle que si fuí tuya, en mí no hubo delito, que no lo fuí por mi voluntad. ¡Vete!... ¡Vete!

(Ha aparecido Emilio en la puerta central de uno de los costados. Se ha detenido en el umbral y ha oído las últimas palabras de su esposa. La brutal revelación pone en su semblante palidez mortal, y en su cuerpo temblores de ira. Trémulo, demudado, avanza.)

ESCENA XI

DICHOS y EMILIO

FERNANDO

(*Viendo a Emilio.*)

¡El!

MARIA

¡Dios mío!

EMILIO

¡Era cierto!...

MARIA

¡Por piedad, Emilio, escúchame!

EMILIO

(*Imperioso le indica la puert*

FERNANDO

Señor Arenales... usted ha de permitirme...

EMILIO

¡Ni una palabra!

(*A Maria.*)

¡Vete!... ¿No me oyes?... ¡Vete!

(*María, anonadada ante el imperioso mandato de su esposo, se retira hasta el umbral de la puerta por la que salieron Andrés y Elena. Con la frente apoyada en el quicio, llora. Emilio se encara con Fernando.*)

Y a usted muy poco tengo que decirle... ¡Que es sted un mal nacido, un canalla!...

FERNANDO

Le ruego...

EMILIO

Debiera matarlo como merece su cobardía: como ladrón que se introduce en nuestro hogar para barnos. Pero las odiosas exigencias sociales me bligan a proceder con usted como si fuera una rsona digna.

FERNANDO

Estoy a su disposición.

EMILIO

Arréglelo como le plazca, usted que es ducho en os lances. Yo ni los entiendo ni me importa. Jas disparé un tiro ni manejé una espada... Me es ıal. Lo único que exijo es que sea a muerte. ¡Eso .. ¡Y pronto, pronto!...

FERNANDO

(*Hace una reverencia y se retira.*)

Señor mío!...

ESCENA XII

MARIA y EMILIO

EMILIO

¡Mi desdicha!... ¡Mi fatalidad!... ¡No tiene remedio!

MARIA

¡Emilio, Emilio, por compasión... escúchame.. no me juzgues hasta que me oigas. No me conside res una infame...

EMILIO

¡Mi vida, mi ilusión que se deshace para siempre!...

MARIA

¡Emilio!

(*Él la rechaza.*)

EMILIO

¡Solo!... ¡Solo otra vez!... ¡Como era mi destin estar siempre!... ¡Solo!

(*Mutis. María queda arrodillad sollozando.*)

TELÓN

ACTO TERCERO

a escena es un gabinete lujosamente puesto en el mismo hotel en cuyo «hall» se ha desarrollado el acto anterior. Al fondo, puerta de medio punto o de columnas que comunica con el dormitorio. De éste se ve parte, tapizado de color claro con tocador moderno, armario de luna y algunas sillas y butacas. En el gabinete hay dos puertas a la derecha con bellos cortinajes de encaje y sobre ellos otro de seda color claro que armonizan con el tono de las paredes y de los muebles que deben ser elegantes y modernos. Mesa de centro con recado de escribir: sillas y butacas, etc. En el lateral derecha, gran balcón que da a la playa. Luz eléctrica encendida en la estancia, procedente de una lámpara portátil que habrá sobre un mueble.

ESCENA PRIMERA

EMILIO y MARÍA

EMILIO

(Sentado a la mesa escribe. María aparece en la puerta; se detiene en el umbral; avanza lentamente; llega hasta él.)

MARÍA

¡Emilio!...

EMILIO

(Pausa breve.)

¿Qué quieres?

MARIA

(Con un sollozo.)

¡Emilio!

EMILIO

(Procurando dar a su voz entonación natural.)

Perdona, estoy ocupado... De ti me ocupo... De tu porvenir. He de dejar en orden mis cosas.

MARIA

(*Llorando, agarrándole la mano.*)

¡Vas a batirte por mi!

EMILIO

(*Con un gesto, desasiéndose.*)

¡María, no por Dios!... ¡Escenas no!

MARIA

¡Escenas! ¡Crees que hago una escena! ¡Todo mi lolor, toda la amargura de mi alma, ¡comedia! ¡Mis ágrimas, comedia!

EMILIO

(*Violento.*)

¡No llores, no llores!... Es... pueril. Con llorar o se remedia nada.

MARIA

(*Cogiendo de nuevo su mano.*)

¡Emilio, Emilio!...

EMILIO

(*Con sorda irritación.*)

Pero ¿qué pretendes, qué te propones?

(*En pie sin conseguir soltar su mano, en la que ella apoya su boca.*)

¿Qué es esto, mujer? ¿Quieres inducirme a una cura?... ¿Quieres desesperarme?

MARIA

¡Escúchame!

EMILIO

(Desasiéndose, serenándose.)

Haz el favor... Necesito ser dueño de mi mismo... Necesito mandar en mis nervios. ¿Comprendes? ¡No me hostigues! Te lo ruego, hija mía... Déjame ahora: ¡Anda, vete!...

MARIA

¡Eres cruel!... ¡No serías más cruel si me ahogaras!... ¡Tú no sabes, no sabes! ¡Tu desprecio lo siento más que la muerte, más que tu odio!... ¡Odiame; pero que yo no vea en tu mirada esa dureza fría, esa repulsión... esa mueca de tus labios!

EMILIO

(Agarrotándole las muñecas, inclinándose como si fuera a escupirle.)

¡Infame!

MARÍA

(Llorando, la cara entre las manos.)

¡Ay madre mía!

EMILIO

¿Sabes... sabes lo que has hecho?

MARIA

¡Emilio!...

EMILIO

¡Suelta!... ¡Suelta!

MARIA

Insúltame, pégame; sí, pégame; pero que yo co-ıozca tus ojos.

EMILIO

¡Vete... vete!... Había prometido no verte... ¡No ; hubiera hecho cargo alguno, ¡para qué! ¡Son he-hos!... ¡El hecho fatal! ¡Nadie puede ya evitarlo! Es un hecho! ¡Mi mujer es una!...

MARÍA

¡No! ¡Emilio, óyeme!... ¡No seas inhumano!

EMILIO

¡No; no quiero oírte, no quiero verte...

(Sollozando.)

ırque temo... temo que al hallarme con tus ojos ıe lloran... que lloran con tanto dolor, tan dulces, ın humildes!...

(Con sarcasmo.)

¡Pobre víctima!

(Alzando el puño.)

Ah, hipócrita!

MARIA

¡Escúchame, Emilio!... ¡Escúchame!

EMILIO

¿Es ahora cuando pides que te escuche?

MARIA

Cree de mí que soy la mujer más despreciable, la menos digna de piedad; pero escúchame. ¡Sólo quiero que me escuches!

EMILIO

Todo está dicho. ¡Para qué hablar! Lo he oido de tu boca... de tu espanto. ¡Sé toda la verdad! La brutal verdad.

MARIA

No, no; yo te juro que la verdad no la sabes.

EMILIO

(*Con rencor triste.*)

¡Fuiste de otro! Lo habías sido antes de oir m voz por vez primera: yo creí haber despertado tu alma, creí ver una luz nueva en tus ojos... Yo m llegaba con respeto a ti... yo no sabía turbar e sueño cándido de tu corazón, ¡y tú habías sido d otro!...

MARIA

(*Con un grito.*)

¡Mentira!

EMILIO

¿Lo niegas? ¿No lo has dicho? ¿No lo he oído yo?

MARÍA

¡No es verdad: nunca!

EMILIO

¡Nunca!

MARÍA

¡Mira, mira mis ojos!... ¿Los crees capaces de ngañar en esta hora suprema?

EMILIO

(*Con ironía amarga.*)

¡Cuán puros! ¡Qué doloroso estupor en ellos! Qué bien mientes todavía!

MARIA

¡Nunca, nunca mentí!...

EMILIO

¡Tus ojos! ¡Yo quise ver tu alma en tus ojos!...

(*Con dolor, con ternura íntimos.*)

Yo creí ver por ellos como en la noche tranqui- de tu alma amanecía. ¡Era el amor... era yo... era i voz que te hacía temblar!... ¡Ah, pobre estúpi-o! ¡Estúpido!

MARIA

¡Era así, Emilio! ¡No lo dudes!... Yo sólo te amé a ti.

EMILIO

Pero ¿quieres que pierda la razón?

MARIA

Yo te lo juro; es asi. Te amé siempre. Ni aun con el pensamiento te he ofendido.

EMILIO

¿Y por qué jurarás que yo te crea? ¡Qué juramento no profanará tu boca!

(*Amenazándola.*)

MARÍA

(*Juntas las manos con un quejido.*)

¡Emilio!... ¡Emilo... por piedad!...

EMILIO

(*Retrocediendo.*)

¡No, no quiero! ¡No quiero que mis manos te toquen!... ¡Vete!

MARIA

(*Gravemente.*)

¡Oyeme! ¡Si no me escuchas, me mato! ¡Me mato sí! Y alguna vez tu conciencia te dirá que fuiste injusto.

EMILIO

Pero ¿qué quieres? ¡Ten compasión!

(*Con abatimiento.*)

Voy a un duelo mortal. Ese, tú... ¡Ese me espe-
! ¿Comprendes? El o yo hemos de caer.

(*Ella solloza.*)

¡Fatalmente, sí! Necesito ahora estar solo... ver...
r claro aquí dentro... en mi espíritu; prepararme...
to para ti no tendrá razón de ser; pero es así.

(*Con lástima irónica, sentándose.*)

No comprendes, ¿verdad?

MARIA

Comprendo tu egoísmo, tu inhumano egoísmo!

EMILIO

Es posible, sí. ¡Vete!

MARIA

Ver en ti... y en mi alma no quieres ver!... Yo
n te importo!

EMILIO

Tu alma!... ¿Sabes tú lo que es eso?

MARIA

Ah, el desprecio, esto es lo más horrible, lo que
no puedo perdonarte!

EMILIO

(*Con sarcasmo.*)

¡Qué vamos a hacerle!

MARIA

¡Es tu incomprensión, Emilio; es tu ciega terquedad lo que alimenta ese infierno dentro de ti!

EMILIO

¡María, te lo ruego... déjame!

(*Con cansancio.*)

Esta lucha me rinde: quiero ir vivo al lance; e la última hora de mi vida, deseo un poco de paz.

MARIA

(*Con una queja, olvidándose de misma: en mujer amante.*)

¡Vas a morir!

EMILIO

No es esto lo peor; es lo mejor tal vez...

(*Rompe a llorar, la cara entre l manos.*)

MARIA

(*De rodillas junto a él.*)

¡Emilio!... ¡Te quiero con toda mi alma!

(*Él nieg*

No me crees, ¡Dios mío! ¿Qué haré yo para que me creas?

EMILIO

¡Cómo creer en ti si me engañaste arteramente, ríamente! ¡Si tu alma es un pozo de mentira. Si odo en ti fué engaño!

MARIA

¡Todo verdad, Emilio; todo fué verdad en mi mor, y mi pecado es haberte querido con exceso! Yo no hablé por temor de perderte!

EMILIO

Por temor de perder el marido.

MARÍA

¡Temor de que no me amases, sabiendo mi desracia!

EMILIO

¡Desgracia!

MARIA

¡Oh, sí, desgracia!...

EMILIO

¡Tu liviandad!

MARIA

¡Desgracia mía, infamia de ese hombre!...

(*Con fiebre de odio*

¡Ese canalla! ¡Él me mancilló! Él como un ladrón cobarde; él.

EMILIO

Tu amante.

MARIA

¡Nunca fué mi amante! Era novio mío; yo un niña. Nos veíamos en el jardín de casa. Yo no tení madre, vivía con mi hermana... No te diré que n le quisiera. Yo creía quererle entonces... Yo per saba que aquellas palabras suyas que halagaban m vanidad de muchacha eran amor. Jugaba a est como antes a las muñecas.

(*Pausa breve.*)

Fué en Guadarrama, en la villa...

(*A medida que habla va apagá dose su voz.*)

Un verano... hace mucho tiempo... Una noche

EMILIO

¿Os veíais de noche?

MARIA

Sí, por la verja; como otras chicas se veían c sus novios.

EMILIO

¿A solas?

MARIA

Yo no tenía esa costumbre, pero esa vez...

EMILIO

¿Cuándo?

MARIA

Esa vez.

EMILIO

¿Esa vez?

MARIA

La noche que ese canalla saltó dentro del jardín.
'o era una criatura, Emilio!

EMILIO

¿Y caíste como una criatura?

MARIA

No, no...

EMILIO

¡Levanta los ojos!

(*Alzándole la cabeza que ella tiene caída.*)

MARIA

Es que no puedo hablar si te miro... ¡Me hace daño tu mirada! ¡Pero por la gloria de mi madre!...

EMILIO

¡Caíste!...

MARIA

Él era más fuerte que yo... estaba sola...

EMILIO

Tú... estabas sola.

MARIA

Elena no sabía que hablábamos de noche; y s encontraba en un hotel próximo...

EMILIO

Ni aun te acompañaba una doncella.

MARIA

Esta vez no, y él lo sabía, ¡él lo esperaba! ¡Él fu un infame!

EMILIO

¡Y te dejaste inmolar como una palomita inocen

MARIA

(Con protesta de mujer digna l sentir el ultraje.)

¡Emilio, no! ¡Eso no! ¡Puedes arrojarme de ti, pu

des matarme pero no hagas escarnio de mi dolor!

EMILIO

(*Sacudiéndola; con ronco acento de celos.*)

¡Mírame!

(*Pausa.*)

¿Ese hombre abusó de ti como un... sátiro?

MARÍA

¡Como un ladrón!

EMILIO

¿No gritaste como se grita cuando llega un ladrón?

MARIA

Yo no sé... quise defenderme, quise gritar; pero terror me lo impedía... ¡Creí morir de miedo, de ergüenza!... No sé; yo me hallaba como idiota...

EMILIO

(*Apretando los dientes.*)

¡Canalla, canalla!

MARIA

¡Si, le hubiese matado!... ¡Entonces si puedo lo ato!

(*Pausa breve.*)

¿No me crees?... ¿Qué tienes que estás tan pálido?

EMILIO

¿Y luego?... Di... ¿Qué sucedió luego?

MARIA

Luego... caí enferma con una fiebre que me tuvo postrada unos días. Mi hermana hubo de oírme en un delirío... me interrogó, yo se lo dije todo. Es la única que lo sabe.

EMILIO

¿Y ése?...

MARÍA

No le he visto después. No he vuelto a verle hasta aquí.

EMILIO

¿Y nadie supo?...

MARÍA

No. ¡Qué podía hacerse! ¡Si yo hubiese tenid padre, un hermano!... ¡Y tampoco!... ¡Qué podí hacerse!

EMILIO

Obligarle a que te diera una satisfacción; la ún ca ya.

MARIA

¡No! ¡Ser su mujer, no! ¡Aunque fuese pública deshonra. Suya, ¡jamás! Yo no podía respetar ya

se hombre; estimarle siquiera... Me repugnaba... se hombre era para mí un ser despreciable... ¡Una estia!

EMILIO

(*Con aullido ronco.*)

¡La bestia!...

MARÍA

Me parecía aquello imposible; una pesadilla... ¡na pesadilla que no podía olvidar!

EMILIO

¿Y nadie lo supo, dices?

MARIA

¡Nadie! Ni mi confesor, porque yo me hallaba sin c lpa; porque no tuve escrúpulo de pecado, ¡te lo j o! Mi alma estaba limpia.

EMILIO

Tu alma estaba limpia? ¿Y así llegaste a mí?

MARIA

ú, tú llegaste; tú insististe una vez, otra vez... ¡ te dije que no siempre!

EMILIO

Pero tus ojos me decían que sí!... Yo sabía que m ntías. ¡Y hallaba tu mentira tan adorable!...

MARÍA

¡Es que te quería! ¡Es que tú eras el hombre que podía amar!... Yo, aun después de conocerte, temía a los hombres... Recuerda mi timidez, mis recelos...

EMILIO

Tu timidez, sí. ¡Aquel arrebol de tu rostro cuando yo te miraba!...

MARIA

Yo ví en ti, en tu sonrisa bondadosa, en tu fuerza serena, el guía, el compañero. ¡Tú eras el hogar! ¡Te amé, Emilio!...

EMILIO

¡Y yo te creí siempre! ¡Y antes de conocerte llevabas el sello de otro, habías sido de otro!...

MARIA

¡Mi cuerpo... mi cuerpo dormido!... Yo no sup lo que era el amor hasta que tus labios me besaron ¿Crees que te miento?

EMILIO

No mientes... Pero has callado siempre, tú lea franca...

MARIA

¡Y qué podía decirte!

EMILIO

La verdad.

MARIA

¡Para llevar sombras a tu alma!... ¡Torturas a tu corazón!...

EMILIO

Yo te confesé toda mi vida. ¡Tú me mentiste!... Tú tan pura, que tu mano huía de la presión de mi mano. Y yo no rozaba tu cabello con mi aliento, por temor de turbarte... ¡Era para mí tu alma como un manantial sereno! ¡Y llevabas la inmundicia del otro en el corazón!... ¡Y tu conciencia dormía!...

MARIA

No me comprendes, no quieres comprender, Emilio. ¡No me conoces!

EMILIO

¡No te conocí nunca!

MARIA

¡No quieres conocerme!

(*Llora.*)

EMILIO

(***Los codos en las rodillas hablando en monólogo.***)

¡Quién podrá descubrir el alma de una mujer!

Cae; en lugar de arrepentirse, se aplica a buscar una excusa que la deje tranquila... El sofisma; un sofisma que os sirva es para vosotras mejor que la verdad... ¡Tejéis con mentiras unos velos tan lindos!... Y con ellos borráis la falta.. Pero la falta sólo la borra el arrepentimiento!...

MARIA

Pero ¿de qué he de arrepentirme?

EMILIO

(*Con piedad e ironía.*)

¡Sí; qué culpa tienes tú de tu inconsciencia?

MARIA

Pero ¿dónde está mi pecado?

EMILIO

¿No lo ves?

MARIA

¡No!

EMILIO

No; no lo ves. He aquí mi mayor tristeza. Yo te amé. Y el que ama perdona. Yo sé que mi amor hubiese triunfado de mi orgullo de hombre si tú me hubieses dicho: «Yo hice esto...» Yo hubiera llorado como un padre; yo te hubiese acogido como un padre. ¡Hubiese podido perdonar! Mi amor sería

ya algo muy doloroso; pero yo hubiera podido quererte intensamente... volcando en ti toda la piedad de mi alma, ungiéndote de misericordia... ¡Y no habría sentido nunca esto!... ¡Este rencor sordo contra tus lágrimas!... esta tentacion de...

(*Haciendo ademán de ahogar.*)

Sí; esto que me envilece!... Y este asco, este profundo asco por tí, por tu mentira, por... No; no te tocaré; no pierdo la razón. ¡Vete, vete!

MARIA

(*Pausa breve.*)

Eres inflexible y cruel... cruel... Eres... eres hombre.

EMILIO

Sí, y no te ahogo.

MARIA

(*Con desaliento y dolor.*)

¿Qué haré yo para convencerte?

EMILIO

Es tarde, María... Y ya es igual. Poco queda de ufrir.

MARIA

(*Bajo.*)

¡Oh, no digas eso!... ¡Emilio!... Si tú supieras vidar...

EMILIO

¡Olvidar!... ¡Imposible!

MARIA

¿Ves por qué no quise hablar nunca, por qué prefería la muerte?... Emilio, ¿por qué te torturas de ese modo?

EMILIO

(Sin poder reprimir su emoción. Con fiebre y con extravío.)

¡Porque te quiero siempre!

MARIA

(Abrazada a él, llorando en su pecho.)

¡Emilio!

EMILIO

¡Te quiero, te quiero! Si eres verdad, si eres mentira, no lo sé, mujer... ¡Te quiero!

MARIA

(Desasiéndose bruscamente.)

¡Vamos! ¡Vámonos!...

EMILIO

¿Eh?

MARIA

¡No quiero que te expongas con ese hombre!

EMILIO

¿Crees que esto puede ser?

MARIA

¡Vamos lejos! Si tú le matas, yo sé que no podrías vivir... ¡Y si él te mata!... ¡Emilio, no, no!

(*Solloza.*)

EMILIO

¿Lloras?... ¿Lloras por mí?

MARIA

¿Lo dudas?

EMILIO

No lo sé... No sé ya si eres buena o mala... si te uiero o te odio...

MARIA

¿Qué haría yo para que creyeras en mí?

EMILIO

(*Pausa. Él la tiene cogida por los hombros. La mira con fijeza a las pupilas. Ella, los ojos muy abiertos, sostiene la mirada inmóvil.*)

¿Es verdad que ése te hizo suya vilmente, contra oda tu voluntad?

MARIA

¡Oh, sí!

EMILIO

¡Quiero una prueba!

MARIA

(*Como imbécil, sugestionada por los ojos de él por su extravío.*)

¿Una prueba?...

EMILIO

Una prueba... ¿Le acusarás tú delante de mí?

MARIA

¡¡Sí!!

EMILIO

¿Sí?... ¡Piénsalo!...

MARIA

(*Resueltamente.*)

¡Sí; sí!

EMILIO

Mira lo que arriesgas. Ese hombre está a diez pasos de nosotros. Si le llamo vendrá.

MARIA

¡Sí!

EMILIO

¿No temes verte frente a él?

MARIA

¡No; ahora, no!...

(Emilio, febrilmente, oprime el botón del timbre eléctrico. Aguarda. Pasea. Se detiene y contempla a María, hasta que acude el criado a su llamamiento. Entonces se sienta ante la mesa y escribe sobre una tarjeta.)

ESCENA II

DICHOS y un CRIADO

EMILIO

(Al criado, dándole la tarjeta que ha escrito.)

Al señor Vivar... don Fernando Vivar, en propia mano.

CRIADO

¿Y si no estuviera?

EMILIO

Está. Está en su cuarto. Llévela en seguida.

CRIADO

Bien, señor.

(*Sale. Emilio pasea.*)

MARIA

Pero ¿creerás... creerás entonces?

EMILIO

Creer... No sé...

ESCENA FINAL

DICHOS y FERNANDO

FERNANDO

(*En la puerta con la tarjeta en mano.*)

Señor...

(Se detiene al ver a María.)

EMILIO

Adelante.

(Pausa breve.)

FERNANDO

¿Me dice usted que desea verme urgentemente? No comprendo...

EMILIO

(A María.)

¿Este es el canalla que tú dices?

MARÍA

¡Ese!

FERNANDO

¿Eh?...

EMILIO

¡Usted cobardemente mancilló a esta mujer!

MARIA

¡Cobardemente!

FERNANDO

¿Yo?...

EMILIO

(*Con calma fría.*)

Usted... Es inútil que trate de negar.

FERNANDO

¡Señor mío!... ¿Qué significa?

EMILIO

¡Silencio! Calla...

MARIA

Traidoramente, sin que yo pudiera esperarlo... ¡Tú, tú, tú! ¡Niégalo!... Niega que me arrojaste al suelo, que me sujetaste para que no me defendiera, que me amenazaste de muerte si gritaba... y que cuando me viste inerme por la lucha brutal, por el terror... fué cuando tú...

EMILIO

¡Cobarde!... ¡Cobarde!... ¡Defiéndete!... ¡Niega

ara que yo pueda aceptar una noble lucha conti-o... para que no te mate como a un canalla!...

FERNANDO

¿Para esto... me llama usted? ¿Para insultarme?... Cree usted ser de caballeros?...

EMILIO

No sé... De caballeros, no sé. Es de hombres. ¿Sa-es? Yo soy un hombre, ¿qué eres tú?

(*Avanzando lentamente hacia él.*)

FERNANDO

(*Despectivamente, no sin algún terror.*)

¿Está usted loco?

EMILIO

Si; tal vez... Pero no niegas... ¡Eres un miserable! Tú con rijosidad de bestia... tú como un ladrón... ¡No huyas!

FERNANDO

(*Hace un movimiento hàcia la puerta.*)

¡Qué es esto?... ¿Qué se propone usted?

EMILIO

(*Sujetándole; con voz temblorosa y reconcentrada.*)

Calla!...

FERNANDO

¡Señor mío... es impertinente... es grosero... entre dos hombres que tienen un asunto de honor!...

EMILIO

¡Oh, sí! Un asunto de vida o muerte!

FERNANDO

Conforme. Estoy a su disposición.

EMILIO

(*Deteniéndole de nuev[o] Con risa sorda.*)

¡La farsa, la indigna farsa!... No; no es bastante

FERNANDO

¿Eh?

EMILIO

(*Teniéndole agarrado por un bra[zo] Con angustiada ternura.*)

Esa mujer... ¿La ves? ¡Esa pobre mujer!...

FERNANDO

Crea usted que si no fuese por respeto a esta se-ñora...

EMILIO

¡Respeto, sí; respeto a esa señora...

(*Sacudiéndole con ira. Con celo[s] rabia.*)

¡Tú has manchado el alma de esa mujer! ¡Pide erdón!

FERNANDO

¿Eh?... ¿Qué pretende?

MARIA

(*Tratando de interponerse.*)

¡Emilio!...

EMILIO

(*Loco, agarrotándole el cuello.*)

De rodillas!... ¡Pídele perdón!... ¡Pídele perdón!...

FERNANDO

(*Con voz sofocada, intentando defenderse de la inesperada acometida.*)

Ay!... ¡So... socorro!...

EMILIO

De rodillas, de rodillas! ¿Oyes?... ¡De rodillas!

(*Forcejean. Tras breve lucha, Emilio lo arroja. Fernando cae al suelo muerto.*)

MARÍA

¡Emilio!... ¡Oh, qué horror!...

(*Retrocediendo. Aterrorizada, re- fugiándose en él. Bajo.*)

¡Le has matado!

EMILIO

(*Acogiendo en su pecho la cabe- amada y apretándola contra sí, l- rando sobre ella.*)

¡No sé, no sé!... ¡Él mató la ilusión de mi vida!

TELON

JUICIOS CRÍTICOS

He aquí algunos juicios de la crítica valenciana y barcelonesa acerca de esta obra, cuando tué representada por la compañía de la ilustre actriz Matilde Moreno y del eminente actor Miguel Muñoz, en el teatro Principal de Valencia y en el Poliorama de Barcelona:

«El Pueblo», de Valencia.

«Enrique Contreras Camargo es un escritor que no precisa del elogio que dicta el afecto para mantener su prestigio en el mundo de las letras. Periodista de sólida cultura, cronista que ha enaltecido con su pluma las más notables publicaciones ilustradas de España y América; autor dramático aplaudido y loado por la crítica, su firma es una garantía del acierto que conduce al éxito.

En este aspecto, en el de dramaturgo, se nos presentó anoche con su nueva comedia dramática *El secreto*, que el distinguido y numeroso auditorio acogió con interés desde las primeras escenas y que terminó en medio de entusiastas aplausos. El autor que, discretamente, aguardó el final de la obra para recibir la sanción del público, salió varias veces al proscenio, mereciendo la ovación tributada a su excelente comedia.

Por el modo como han sido trazados los personaes, por el arte con que se desenvuelve la acción y la ıonradez de procedimiento, acredítase Contreras Caıargo como autor de elevado pensamiento, de proıidad literaria nada común.

María ocultó, no por maldad, sino por pudor, el secreto de su vida al hombre honrado, al caballeroso e inteligente Emilio Arenales, que la hizo su esposa. En un momento de inconsciente abandono, sin advertir que el miserable que la poseía causaba la perdición de una joven tan casta como bella, cayó en brazos de su seductor, Fernando Vivar, un señorito mujeriego al uso en nuestra sociedad. No fué su amante, como dignamente arguye reivindicando su virtud, cuando el marido la infama y la rechaza, tras una escena de gran intensidad dramática, que comprende casi todo el tercer acto. Hay concertado un duelo brutal entre los dos hombres, y como Emilio, a pesar de su infortunio e infelicidad ama a su esposa, que adora en él, accede a la prueba de lealtad conyugal que le ofrece la desventurada esposa y obliga a comparecer al seductor, a quien estrangula, presa del furor que le infunden amor y convencimiento: María es pura, no obstante su caída.

Los personajes centrales de la obra son, desde luego, los confiados a Matilde Moreno y Miguel Muñoz, ambos de firme estructura, él con ribetes galdosianos, y ella digna de Echegaray. Los demás, aun siendo necesarios para el conveniente desenvolvimiento de la comedia, por lo general, actúan episódicamente. Irreprochable de forma y con calor de humanidad. *El secreto* acredita las dotes de dramaturgo que distinguen a Contreras Camargo. Fué interpretada la comedia con el mayor esmero, singularmente por parte de la Moreno y Muñoz, que fueron calurosamente aplaudidos y llamados a escena: un

éxito que compartieron con el autor las dos figuras salientes de la compañía.

Nuestros plácemes al afortunado autor de *El secreto.—S. A.*»

«El Mercantil Valenciano».

«Con un asunto, que por desgracia tiene frecuente realidad en la vida — y en ello estriba su ejemplaridad—ha escrito el señor Contreras y Camargo una comedia dramática muy bien dialogada, de muy culto léxico, a pesar de sus escabrosas situaciones, y cuyas escenas están impregnadas de envidiable naturalidad literaria y teatral.

María, niña sin padres, que vivía con una hermana suya, fué ultrajada contra su voluntad por su novio, al que no volvió a ver después de la terrible escena.

Más tarde, ya mujer, se enamora con toda su alma de Emilio Arenales, un hombre de bien, culto y distinguido, con el que se casa ocultándole su deshonra, porque es el único cariño verdadero que encontró en el camino de su vida y teme perderlo. El antiguo seductor se presenta en escena cuando la felicidad sonríe a María, y pretende que ésta vuelva a ser suya.

La honrada víctima le rechaza con frases enérgicas; pero oye sus palabras su marido, que les sorprende, y adquiere la certidumbre de que su esposa fué de Fernando Vivar antes que de él. Se concierta el inevitable duelo; pero antes de verificarse, María quiere que su marido se convenza de su inocencia, y después de una bella y trágica escena entre los dos esposos, Emilio Arenales, atento sólo a su drama, al

drama que lleva en el corazón, quiere convencerse de que María, aunque ultrajada por un canalla, fué siempre honrada de alma, y exige de ella una prueba terrible: ponerla frente a frente del vil seductor y oír de sus labios que el ultraje fué forzado, contra la voluntad de María. Esta se somete a la dura prueba, y en aquella especie de juicio de Dios, acusa a Vivar de su villanía; Arenales, al adquirir el convencimiento de la inocencia de su esposa, se arroja sobre el traidor y lo ahoga con sus propias manos.

Muy bien desarrollado el asunto, con tanta habilidad técnica como fácil naturalidad literaria, se llega gradualmente a la catástrofe final, que adquiere cierta grandeza trágica, después de la bella escena entre los dos esposos, que le sirve de adecuada preparación.

El secreto, representada en los comienzos de esta temporada, hubiera alcanzado gran número de representaciones por su mérito literario.

Matilde Moreno tuvo acentos de sincero dolor en la escena culminante del acto tercero—el mejor de la obra y el que más se presta para que una artista luzca su talento—, y fué aplaudida y llamada a escena juntamente con Miguel Muñoz al final.

Este actor interpretó con bastante justeza el simpático papel de Emilio Arenales, y sostuvo la obra y la escena final con arrestos de artista experimentado.

Bien todos los demás en sus episódicos papeles, sobre todo Ricardo Galache en el odioso de Fernando Vivar, cuyo carácter marcó con meritoria sobriedad artística. La obra estuvo bien ensayada.

El autor, señor Contreras y Camargo, fué llamado a escena y escuchó unánimes aplausos, que deben complacerle por la sinceridad con que se los tributó el auditorio.—*F.*»

«Las Provincias».

«Anoche se representó la obra en tres actos *El secreto*, original de don Enrique Contreras.

De comedia dramática lleva la denominación, y acaba con una situación trágica, luego de mantener durante toda la obra una tensión espiritual sumamente intensa.

El argumento presenta a una joven de quien abusó un canalla. Después, la joven se casa con un hombre digno, y por temor a perder su afecto, no le confiesa, lo que a cada instante desearía confesar. El mal sujeto quiere renovar la aventura, y llena de horror la esposa, dice de su desgracia cuando sale el esposo y lo oye. La revelación, que destruye toda una fe, produce el tremendo efecto que es de suponer. Se va a celebrar un duelo. Pero en el último instante, el esposo hace que el ultrajador acuda ante él y la esposa: se convence de que ésta siente asco por el hombre aquel que la ultrajó cobardemente... y le ahoga entre sus manos.

Tal es la obra, que tiene momentos de sumo interés, y que fué aplaudida por el auditorio.

La representación estuvo muy bien realizada por Matilde Moreno, Muñoz y todos los intérpretes».

«La Voz de Valencia».

«Un tema, por viejo que sea, puede tener la necesaria novedad para interesar nuevamente al público, con sólo que sea tratado por un artista con personalidad propia, bien acusada y definida y de la que no esté dispuesto a prescindir, y como estas condiciones las reune muy exactamente el señor Contreras y Camargo, su drama *El secreto*, estrenado anoche en el Principal, aun no siendo nueva su idea fundamental, resulta suficientemente interesante.

El secreto es un drama arrancado de la vida misma y trasladado directamente a la escena. ¡Qué realidad y qué verismo en todo el proceso de la obra ¡Qué seguridad en los caracteres! ¡Qué firmeza y qué exactitud en las consecuencias psicológicas!

Y sobre todo, la enorme dificultad de hacer una obra en tres actos, llena de interés, de emoción profunda, sin aparatosos decorados, sin damas ricamente vestidas, de modo que la hermosura resalte más, sin trucos ni efectos teatrales.

¿Hay quien se atreva a desarrollar un asunto de la intensidad dramática de *El secreto*, con el hecho tan sólo desarnado, atroz? Seguramente, no.

Es de admirar la sobriedad, la justeza de expresión y la grandeza de sentimientos con que está la obra trazada.

Examinándola atentamente, con todo rigor y con toda exigencia, nada encontramos en ella censurable, antes al contrario, el asunto responde ampliamente al propósito del autor; cada personaje, por breve que sea su actuación, constituye un carácter naturalmente

definido; cada situación es una pincelada vigorosa y firme de la vida.

La figura de María, sinceramente abatida ante el fatalismo de las cosas irremediables, estuvo encarnada en Matilde Moreno, insuperablemente; es un alma ennoblecida por la honradez de un corazón generoso y leal, torturado constantemente por una idea siniestra: la de haber caído en su mocedad en las redes que le tendiera la perfidia de un hombre, mintiéndola gratas promesas de amor.

Cuando casada, más tarde, con un hombre culto y distinguido, con Emilio Arenales, piensa en su ayer y se decide a manifestar su falta, el dolor de esta mujer llega a los límites de lo terrible. Las complicadas manifestaciones psicológicas de María, producen la mayor sensación de vida imaginables.

Y por último, cuando frente al vil seductor, María le acusa por su infamia, es tal la energía que brota de sus labios, que lleva al ánimo de su marido el convencimiento de que fué siempre honrada de alma, y hace resplandecer entonces las virtudes de su alma buena.

Nosotros tuvimos anoche para el señor Contreras Camargo un aplauso franco, lleno de lealtad y de entusiasmo, cuando fué llamado a escena, y hoy, desde estas columnas, le rendimos el homenaje de nuestra admiración.

El drama merece la favorable acogida que ayer logró. Al buen resultado contribuyó enormemente la interpretación, que fué muy buena en conjunto, y excelentísima en los personajes que simbolizaban

Matilde Moreno, Miguel Muñoz y Ricardo Galache.—*E. Badenes.*»

«La Correspondencia de Valencia».

«El distinguido cronista Contreras y Camargo obtuvo anoche en el Principal un gran éxito.

Se estrenó su obra titulada *El secreto*, donde el ya aplaudido autor plantea un problema, aunque conocido, muy bien estudiado y mejor llevado a escena.

El público aplaudió desde el primer acto.

Al finalizar la obra el señor Contreras fué objeto de calurosas ovaciones.

Es una lástima que no se estrenara antes, pues *El secreto*, con *La llama*, por sus méritos y por la interpretación, hubieran llevado mucho público al Principal. Matilde Moreno y Miguel Muñoz triunfaron en sus dos papeles. Enhorabuena a todos.»

«La Vanguardia», de Barcelona.

«Conseguir sin pérdida de tiempo despertar el interés del auditorio y luego sostenerlo a través de la acción, hasta que viene el desenlace, fué el propósito del dramaturgo, quien, atento principalmente a eso, cuidó mucho de preparar los efectos, en escenas álgidas, al final de cada acto, para dejar luego de los dos primeros despierta la curiosidad, y para suscitar honda impresión al caer por última vez la cortina.

En rededor del ultraje inferido a una mujer se desenvuelve la acción. En el primer acto, el mejor de la obra, por la manera con que trabamos conocimiento con los personajes y por la soltura y la naturalidad

del diálogo, vemos cómo es cada uno de aquellos seres, entre los cuales se producirá el choque fatal, que la casualidad prepara.

El otro acto está concebido para la escena final, para que asistamos al desplome de la felicidad de aquel matrimonio de amor. Y por último llega el momento de mayor fuerza trágica, sobriamente conducido y con violencia solucionado. Es el que aplaudió con mayor calor el público, obligando la insistencia de los aplausos a que se presentara en las tablas el señor Contreras que se ha graduado de excelente dramaturgo con esta obra teatral.

En la ejecución se distinguió sobremanera Matilde Moreno, la cual, compenetrada perfectamente con el personaje a su cargo, le dió singular relieve, teniendo acentos expresivos adecuados a cada situación.

También merece señalarse la labor del señor Muñoz y la del señor Mesejo en un papel meramente episódico.»

«El Día Gráfico», de Barcelona.

«En la vida—dice el autor de *El secreto*—la cobardía del silencio provoca las grandes catástrofes. El temor a las consecuencias de una confesión noble y honrada acarrea la infelicidad y arrastra a ella a quienes no intervinieron en la comisión del hecho punible, que son las primeras víctimas porque, anonadados, achacan a engaño o deslealtad lo que no fué, en el que ocultó, probablemente, más que pequeñez de espíritu, miedo a perder el cariño que hace olvidar y que redime, espanto de que no se interprete lo que

debió decirse como descargo de conciencia y sí como síntoma de perversión o, cuando menos, de liviandad.

El señor Contreras y Camargo, para demostrar la tesis que plantea, nos enseña el caso de la mujer a quien un canalla deshonró abusando de la inocencia.

El galán de los altivos pensamientos se convirtió en rufián y tronchó con su villanía las primeras ilusiones, la quimera de ideal de una chiquilla, dejando como secuela de la infamia cometida el dolor y la amargura.

Transcurren los años, y de la niña de ayer se enamora un hombre bueno y generoso que la hace su mujer. Ella le quiere y ve en ese afecto refugio y asi lo, paz y amor, y lucha consigo misma para contar e pasado al que en breve va a ser su marido; pero l contiene el pudor herido, la vergüenza y la idea d que pueda existir la más ligera duda respecto a s desgracia y a la forma cuitada y artera en que perdi el honor. Calla y no tiene el valor de afrontar las con secuencias; teme la flaqueza humana y el secreto n se descubre; queda encerrado como un remordimien to, como una amenaza de la futura felicidad.

Pero ocurre lo inevitable; la fatalidad vuelve a po ner faente a frente al seductor y a la víctima. Insis él en perseguirla, y por una conversación que ent ambos sorprende el marido descubre el misterio surge entonces la tragedia.

Lo que no hubiera producido la verdad dicha tiempo lo ocasiona la cobardía de callar, que se in terpreta como complacencia, como complicidad, co agravio que no puede perdonarse por la premedi-

ción y dolo con que se han inferido. La duda arraiga y con ella el desconsuelo de la soledad espiritual, de la fe que se desvanece, que se pierde, llevándose el recuerdo de las horas, felices para no quedar, en cambio, mas que la visión de la infamia y de la traición.

Y el hombre que así se considera ofendido, cuando quiere creer en la inocencia de su mujer, cuando ella le convence, puesto en la pendiente a que conduce el fatalismo que le encadena, ahoga al seductor entre sus manos, que deshacen, a la par, una felicidad completa hasta que surgió *El secreto.*

El drama del señor Conteras y Camargo contiene una sabia lección y una moraleja noble: la que jamás debe ocultarse la verdad por cruel y dolorosa que sea, porque cuando a tiempo no se dice se hace el que así obra cómplice de las consecuencias que con el silencio puede ocasionar, cuando esa verdad se descubra.

La acción está hábilmente desarrollada, con sobriedad y acierto y los carácteres de los personajes bien estudiados y sostenidos. De los tres actos, el primero y el tercero, son los más interesantes, y alcanzaron éxito franco. También se aplaudió mucho el segundo, viéndose obligado el autor a salir al proscenio repetidas veces al finalizar la representación.

En la interpretación sobresalió Matilde Moreno, cuyo trabajo fué concienzudo, admirable. Supo poner en él pasión, sinceridad, convicción. Y realizó de manera extraordinaria las escenas centrales de la obra, a las qne dió emoción y vida. El señor Muñoz también compuso bien su personaje. La señora Ga-

rrigó y los señores Contreras, Mesejo y Galache, muy discretos.—*Diego Montaner.*»

«La Aurora», de Barcelona.

«Por el arte con que se desenvuelve la acción de dicha obra y por el acierto con que han sido trazados sus personajes principales, se acredita Contreras Camargo como un autor de elevado criterio y de un talento literario poco común.

Arenales, hombre recto, de sanos principios, que se casó locamente enamorado con María, quien había amado anteriormente a Fernando, hombre sin conciencia, un canalla, que abusó de ella en cierta ocasión amparado en las sombras de la noche y la soledad de un jardín, valiéndose de sus fuerzas, sorprende una discusión entre su esposa y Fernando que la requiere nuevamente de amores en el preciso momento en que ésta hace alusión a aquella acción villana. En este punto el autor parece que va a recurrir al desacreditado argumento del desafío para vengar el ultraje inferido a la mujer.

Resulta de una intensidad dramática que cautiva verdaderamente al espectador la escena del tercer acto, en la que la esposa, que adora a su marido pugna por demostrar a éste su inocencia y la intransigencia del esposo que en su ofuscación no atina a comprenderla ni puede perdonarle el no habérselo confesado en un principio, a pesar de las protestas y razones que aduce María.

La escena última de la obra, en que la esposa pone de manifiesto su inocencia ante el marido, desenmas

carando al ladrón de su honra, y la severa justicia de aquél, ahogando entre sus crispadas manos a Fernando, nos parece un final acertado, mejor si cabe que el que hubiese resultado de llevarse a cabo el concertado desafío.—*Algama.*»

«El Radical», de Barcelona.

La comedia dramática en tres actos y en prosa, original de Enrique Contreras, *El secreto*, obtuvo un éxito ruidoso.

Se trata de una comedia dramática, cuya trama bien urdida e hilvanada logra cautivar el ánimo del espectador desde las primeras escenas.

Donde mayor es el interés es en el segundo y tercer actos, en los que el espectador está pendiente de lo que en la escena sucede, sin atreverse a respirar.

La presentación de la obra fué admirable.

Matilde Moreno, que lleva el peso de la interpretación, consiguió rayar a gran altura, haciéndose aplaudir.

Miguel Muñoz y R. Galache estuvieron inconmensurables en la interpretación de sus respectivos papeles, y Emilio Mesejo en el suyo de Don Celedonio, estupendo, pues aunque el papel es corto, hizo las delicias del público con su *sávoir faire*.

La cortina tuvo que correrse varias veces ante los aplausos con que el «respetable» premiaba la labor de todos, siendo llamado a escena el autor de la obra, que asistió a la representación.—*L. D. E.*»

«La Jornada», de Barcelona.

«Ultimamente se ha estrenado *El secreto*, drama en tres actos, debido a la pluma de Enrique Contreras.

Aunque el asunto no es nuevo, el señor Contreras ha sabido llevarlo al teatro y desarrollarlo en forma brillantísima, como únicamente pueden hacerlo los comediógrafos consumados.

La obra entró de lleno en el público, que mostró su satisfacción con calurosos aplausos, principalmente al finalizar el último acto en que el autor hubo de presentarse repetidas veces en escena.

La ejecución fué digna de toda clase de encomios. Miguel Muñoz y singularmente Matilde Moreno supieron dar a sus respectivos personajes la interpretación debida imprimiéndoles extraordinario relieve.»